

## RAFAEL SÁNCHEZ MAZAS Y LA ESENCIA CATÓLICA DEL FASCISMO ESPAÑOL<sup>1</sup>

FRANCISCO MORENTE  
UNIVERSITAT AUTÒNOMA DE BARCELONA

El corpus teórico que nutrió ideológicamente al partido único del régimen de Franco se articuló a partir de muy diversas contribuciones elaboradas por políticos, académicos e intelectuales que confluyeron en una misma organización política en abril de 1937 y que procedían de partidos y asociaciones, así como de tradiciones culturales e ideológicas, bien diferentes entre sí. Esa diversidad de procedencias ideológico-organizativas ha hecho que haya podido hablarse de culturas políticas enfrentadas en el seno de Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FET y de las JONS), singularizando, especialmente, la falangista y la nacionalcatólica como culturas políticas portadoras de proyectos no sólo diferentes, sino, en las interpretaciones más extremas, prácticamente incompatibles. Las dinámicas políticas del régimen se explicarían, al menos en parte, como el resultado de la pugna de los grupos que encarnaban dichas culturas políticas por ampliar sus espacios de poder y, sobre todo, por imponer su propio proyecto frente al del adversario ideológico en el seno de lo que ha venido a denominarse «la coalición franquista»<sup>2</sup>, cuya razón de ser fundamental sería la lucha contra un adversario común. En la vida interna de la «coalición», los elementos compartidos tendrían menor importancia que aquellos que singularizarían —y diferenciarían— a los (dos) bloques en pugna en el seno de la misma. Y el resultado final de la lucha, en buena medida decidido ya en 1941 y ratificado por la derrota de las potencias fascistas en la guerra mundial, habría sido el triunfo de los sectores procedentes del espacio ideológico de la Acción Española de época republicana sobre los identificados como falangistas, que, sin desaparecer de la escena, habrían tenido que renunciar definitivamente a su proyec-

<sup>1</sup> Este trabajo se enmarca en el proyecto HAR2011-25749, «Las alternativas a la quiebra liberal en Europa: socialismo, democracia, fascismo y populismo (1914-1991)», financiado por el Ministerio de Economía y Competitividad.

<sup>2</sup> O «coalición reaccionaria», como la ha denominado Sánchez Recio al señalar la existencia de grupos con planteamientos ideológicos diferenciados, pero sin estructuras organizativas propias, integrados en el seno del partido único del régimen franquista; véase SÁNCHEZ RECIO, G.: *Sobre todos Franco. Coalición reaccionaria y grupos políticos en el franquismo*, Barcelona, Flor del Viento, 2008, pp. 36 y 44.

to fascista para reacomodarse en un nuevo orden de corte autoritario e ideológicamente nacionalcatólico<sup>3</sup>.

Esa construcción interpretativa suele completarse con la afirmación de que la unificación de falangistas y carlistas en FET y de las JONS (así como la absorción por la nueva organización así creada de sectores que provenían de los otros campos de la derecha de época republicana —alfonsinos, cedistas, etc.—) privó al partido resultante de cualquier nervio modernista y *revolucionario* (como el que habría tenido el fascismo republicano) reforzando, por el contrario, los aspectos más tradicionalistas, conservadores e incluso reaccionarios propios del tradicionalismo y del catolicismo políticos. El resultado habría sido una especie de híbrido del pensamiento falangista republicano y de las posiciones de la derecha autoritaria, fundamentalmente católica, que habría constituido el corpus doctrinal de un régimen fascistizado pero no fascista. En esa interpretación, falangistas (*de verdad*) serían quienes no compartían la síntesis alcanzada (y sus consecuencias en el plano de la política real) y aspiraban a acentuar en ella los elementos que habrían caracterizado a un falangismo de preguerra no sometido a transacciones con las posiciones del tradicionalismo católico y, por ello, *auténticamente* fascista, algo que, por tanto (si se acepta esa interpretación con todas sus consecuencias), FET y de las JONS no era. Es decir, que ni el régimen en su conjunto ni el partido único del mismo fueron nunca fascistas sino a lo sumo fascistizados<sup>4</sup>.

Más arriba hablaba de falangistas *de verdad*; ese matiz pretende señalar que en esta interpretación (como, por lo general, en prácticamente cualquiera otra) sobre el régimen franquista, nos encontramos frecuentemente con un problema terminológico, pues, en buena lógica, todos los militantes de FET eran falangistas (ya que Falange era el nombre del partido), y sin embargo, cuando se habla de *los falangistas*, normalmente se hace referencia sólo a una parte de la militancia y los cuadros del partido único, sin que, por regla general, se establezcan explícitamente los límites del grupo. Y aquí surge el problema: ¿cuáles eran esos límites? ¿qué identificaba a sus miembros como *auténticos* falangistas por oposición a quienes, aun militando en el partido, no lo eran?; y a un militante que se incorporase al partido, pongamos por caso, a mediados de los años cuarenta y que no hubiese tenido nunca vinculación de tipo alguno con las organizaciones políticas de época republicana que confluyeron en FET y de las JONS ¿a qué sector se le debería adscribir?; más aún ¿sentiría ese militante la necesidad de adscribirse a algún sector específico del partido? ¿no podría

<sup>3</sup> El ejemplo más sólidamente construido y matizado de esta interpretación, en SAZ CAMPOS, I.: *España contra España. Los nacionalismos franquistas*, Madrid, Marcial Pons, 2003. Una apretada síntesis de sus planteamientos en SAZ, I.: «Mucho más que crisis políticas: el agotamiento de dos proyectos», *Ayer*, n.º 68 (2007), pp. 140-148.

<sup>4</sup> No deja de ser curioso que, en lo que se refiere al partido, esta última consecuencia no se suele extraer —o al menos no se acostumbra a explicitar— de las premisas anteriores, cuando resulta del todo inevitable si se lleva el razonamiento hasta el final.

sentirse, sencillamente, parte de un Movimiento con un único proyecto político personificado por el jefe del Partido, esto es, por Franco? Las preguntas de ese tipo simplemente dan cuenta de la dificultad (y no pocas veces de la artificialidad) de establecer determinadas líneas divisorias en cuanto a adscripción política e ideológica en el seno del partido único franquista<sup>5</sup>. Aunque no suele explicitarse así, creo que con mucha frecuencia lo que funciona a la hora de establecer esas clasificaciones es la identificación como *falangistas (de verdad)* de aquellos que bien lo eran ya antes de julio de 1936 (o incluso abril de 1937), bien mantuvieron a partir de la unificación, y en la larga postguerra, los principios ideológicos del falangismo republicano, dando por sentado que, en aspectos sustanciales, éstos fueron diferentes de los que mantuvieron el partido y el régimen tras la unificación y la guerra civil, y muy especialmente a partir de la evolución que uno y otro se vieron obligados a emprender a medida que la suerte de las armas se tornó adversa para las potencias del Eje, y no digamos tras la derrota de las mismas en 1945<sup>6</sup>.

Cuestiones terminológicas aparte, la interpretación del régimen franquista y de su partido único a la que hacía referencia más arriba tiene una indudable potencia y está construida sobre argumentos que merecen ser considerados con atención. He de señalar, sin embargo, que, en aspectos esenciales, no comparto esa línea de argumentación. Y ello por varios motivos, no siendo el menor el hecho de que en la descripción de la cultura política falangista se opta habitualmente por establecer como rasgos definitorios de la misma los que podríamos identificar con un fascismo *puro e ideal*, sin ningún tipo de adherencia ideológica ajena, pero que en el caso español seguramente sólo encontraríamos en el minúsculo grupo de *La Conquista del Estado*, que fundó Ramiro Ledesma; las mismas JONS estarían ya *contaminadas*, una vez fusionados los *ledesmist* con el grupo de Onésimo Redondo, y la cosa aún sería más problemática en Falange Española. Por otra parte, esa exigencia de *pureza* fascista —en lo ideológico-programático y en la praxis política— que se acostumbra exigir al franquismo no suele aplicársele ni al nazis-

---

<sup>5</sup> Ciertamente, las cosas son algo más claras si sólo nos referimos a los altos cuadros dirigentes del partido y a los ámbitos intelectuales del mismo, pero incluso en esa tesitura abundan los casos de difícil adscripción a uno u otro sector, dificultades de adscripción que aumentan y se generalizan a medida que nos alejamos de los años de la inmediata postguerra.

<sup>6</sup> Pero este criterio, que tiene una lógica de partida evidente, va perdiendo consistencia, como señalaba en la nota anterior, a medida que nos alejamos de la fecha de la unificación y, no digamos, del final de la guerra civil. En primer lugar, porque la experiencia de la guerra fue tan determinante y extrema que en muchos casos pudo (y los testimonios de época permiten documentarlo abundantemente) relativizar hasta hacerlas irrelevantes las diferencias que muchos militantes del partido único pudiesen haber tenido con respecto a quienes provenían de partidos diferentes al suyo antes de la unificación. Por otra parte, porque cuanto más nos alejamos del final de la guerra, más abundan, por razones obvias, los nuevos afiliados al partido único sin experiencia militante ni adscripción ideológica previa y que, por tanto, ni eran falangistas (a la vieja usanza) ni tradicionalistas (de los de antes de la unificación), sino simplemente falangistas de FET y de las JONS, es decir, militantes del Movimiento Nacional que dirigía Franco, sin mayores etiquetas.

mo ni al fascismo italiano, puesto que de hacerlo habría que concluir que ni siquiera este último fue un verdadero régimen fascista, algo que hasta ahora nadie mínimamente sensato se ha atrevido a plantear. Con todo, mi razón de fondo para la discrepancia no es ésa, sino la que se asienta sobre un cuestionamiento de la premisa mayor de aquella argumentación, a saber, que el corpus ideológico del partido único de la dictadura franquista era sustancialmente diferente del que habían mantenido los falangistas en los años republicanos y hasta el momento de la unificación. Creo, por el contrario, que las diferencias (de haberlas) no eran sustanciales y que puede establecerse un potente hilo de continuidad entre el falangismo de preguerra y los principios y realizaciones del Nuevo Estado (lo que incluye, obviamente, al partido único). En realidad, creo que no puede plantearse el estudio de lo que fue la elaboración teórica de FET y de las JONS sin tener muy presente cómo se había construido el discurso falangista antes de abril de 1937, y muy especialmente durante los años de formación del fascismo español, durante la etapa en paz de la República. Por supuesto, las circunstancias extraordinarias de la guerra y del proceso de convergencia en una única organización de todas aquellas que habían combatido a la República con ánimo de destruirla habrán de dejar huella en la elaboración doctrinal que se haga entre 1937 y 1943 (a partir de ese año, otros factores, en este caso externos, volverán a condicionar el trabajo de los teóricos del régimen), pero no tengo la menor duda de que en lo esencial recogen lo que se había escrito entre 1931 y 1936, y muy especialmente la elaboración teórica de 1934-1936.

En definitiva, y como espero poder mostrar a lo largo del texto, creo que buena parte de los ejes centrales del discurso falangista de 1937-1943 (pero también, y quizás más claramente aún, a partir de 1943) como la forma en que se abordarán tienen su origen en la elaboración doctrinal que se hizo durante el *Kampfzeit* falangista en los años republicanos. Y ahí creo que hay que atender básicamente al trabajo teórico de cuatro personajes. Por una parte, el de quien se ha quedado con el título de introductor del fascismo en España, Ernesto Giménez Caballero; por otra, la de quien posee el indiscutible mérito de haber creado la primera organización fascista de nuestro país, Ramiro Ledesma Ramos; en tercer lugar, quien pasa por ser el líder incuestionable del fascismo en época republicana, José Antonio Primo de Rivera. Los tres personajes indicados pueden decir que han tenido quien les escriba, y a estas alturas su pensamiento nos es bien conocido; los trabajos de Enrique Selva sobre Giménez Caballero, de Ferran Gallego sobre Ramiro Ledesma, y de, entre otros, Gil Pecharromán, Joan Maria Thomàs e Ismael Saz sobre José Antonio, han dado buena cuenta de ello<sup>7</sup>. Pero había escri-

<sup>7</sup> SELVA, E.: *Ernesto Giménez Caballero. Entre la Vanguardia y el Fascismo*, Valencia, Pre-Textos/ Institució Alfons el Magnànim, 2000; GALLEGO, F.: *Ramiro Ledesma Ramos y el fascismo español*, Madrid, Síntesis, 2005; GALLEGO, F.: «La realidad y el deseo. Ramiro Ledesma en la genealogía del franquismo», en

to cuatro teóricos, y sólo he citado tres. El cuarto no es sino Rafael Sánchez Mazas, a cuyo pensamiento político van dedicadas las páginas que siguen a continuación.

A día de hoy, sigue sin haberse publicado una completa biografía de Rafael Sánchez Mazas<sup>8</sup>. Así es por sorprendente que pueda parecer tratándose de un personaje de cierta relevancia literaria y de no poca importancia política en la construcción del partido fascista español, así como de no poco peso en determinados ámbitos —culturales y periodísticos— del régimen franquista. Ciertamente, contamos con la tesis doctoral que le dedicó Mónica Carbajosa en 1995 (que sigue inédita, si bien la autora ha dejado testimonios parciales de su trabajo en obras que ha publicado sobre temas más amplios)<sup>9</sup>. También hay trabajos sobre política y literatura falangistas en los que se analiza más o menos extensamente la obra de Sánchez Mazas situándola en el conjunto de la de otros intelectuales falangistas como él (me refiero a obras como las de Mainer, Trapiello, Rodríguez Puértolas o la ya citada de los hermanos Carbajosa)<sup>10</sup>. Y sin embargo, pese a este sólo relativo interés por su figura política, Sánchez Mazas podía acreditar aportaciones muy relevantes a la construcción del discurso falangista antes de la guerra civil. Quizás lo que ha hecho que pasaran hasta cierto punto desapercibidas esas contribuciones sea que en su inmensa mayor parte fueron publicadas sin firmar en las publicaciones falangistas, por lo que se ha tendido a considerarlas como una especie de elaboración colectiva u orgánica que recogería los planteamientos oficiales de la organización, cuando en realidad respondían a una reflexión muy personal de Sánchez Mazas, y que, precisamente por publicarse a modo de editorial en *Arriba* o como un sucedáneo de tal («Consigna» y «Guiónes»), en *F.E.* —siempre en la primera página y sin firma—, hacían del pensa-

---

GALLEGO, F. y MORENTE, F.: (eds.), *Fascismo en España. Ensayos sobre los orígenes sociales y culturales del franquismo*, s.l., El Viejo Topo, 2005, pp. 253-447; GIL PECHARROMÁN, J.: *José Antonio Primo de Rivera. Retrato de un visionario*, Madrid, Ediciones Temas de Hoy, 1996; THOMAS, J. M.: *Lo que fue la Falange. La Falange y los falangistas de José Antonio, Hedilla y la Unificación. Franco y el fin de la Falange Española de las JONS*, Barcelona, Plaza & Janés, 1999; SAZ CAMPOS, I.: «José Antonio Primo de Rivera y el fascismo español», en ÍD.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Universitat de València, 2004, pp. 65-77.

<sup>8</sup> Una recientemente publicada no colma las expectativas que la trayectoria política e intelectual del personaje genera. Véase SAIZ VALDIVIELSO, A.C.: *Rafael Sánchez Mazas. El espejo de la memoria*, Bilbao, Muelle de Uribearte, 2010.

<sup>9</sup> CARBAJOSA PÉREZ, M.: *La prosa del 27: Rafael Sánchez Mazas*, tesis doctoral, Universidad Complutense de Madrid, 1995. CARBAJOSA, M., y CARBAJOSA, P.: *La corte literaria de José Antonio. La primera generación cultural de la Falange*, Barcelona, Crítica, 2003.

<sup>10</sup> MAINER, J.C.: *Falange y literatura*, Barcelona, Labor, 1971; MAINER, J.C.: «Acercas de Rafael Sánchez Mazas (1894-1996)», *Turia*, n.º 61 (2002) pp. 9-18; TRAPIELLO, A.: *Las armas y las letras. Literatura y Guerra Civil (1936-1939)*, Barcelona, Destino, 2010 [1994]; RODRÍGUEZ PUÉRTOLAS, J.: *Literatura fascista española*, Madrid, Akal, 1986, 2 vols.. A su vez, no hay aportación novedosa alguna en MEDRANO, A.: «Rafael Sánchez Mazas: le doctinaire oublié», *Totalité*, n.º 13 (1981) pp. 87-90, breve nota escrita desde la proximidad ideológica con el personaje, del que se reivindica, a principios de los años ochenta del pasado siglo, la actualidad de su pensamiento para una «révolution non seulement espagnole, mais européenne» (p. 90).

miento de Sánchez Mazas el oficial del partido, o al menos el que oficialmente el partido transmitía a través de sus principales órganos de prensa<sup>11</sup>.

Sentada, pues, la pertinencia de escrutar lo que Sánchez Mazas escribió, no hay que llamar a engaño. La densidad de su pensamiento no admite comparación (por defecto) con lo que unos años más tarde iban a escribir gente como Laín, Tovar, Conde o Legaz Lacambra, por citar a cuatro de los teóricos fundamentales del nacionalsindicalismo a partir de 1937. Sin embargo, bastantes de los temas que éstos iban a abordar, y en cierto modo la orientación en que lo iban a hacer en un momento u otro de la postguerra, ya estaban en Sánchez Mazas. Por otra parte, su pensamiento no fue más liviano que el de José Antonio, y no hay duda de que escribía mejor que éste.

## I. ALGUNAS NOTAS SOBRE EL PENSAMIENTO DE SÁNCHEZ MAZAS

Quizás convenga empezar recordando la temprana toma de contacto de Sánchez Mazas con el fascismo. Como es bien sabido, Sánchez Mazas explicó a los lectores de *ABC*, como corresponsal en Roma que era del periódico monárquico, qué era eso del fascismo, cómo Mussolini llegó al poder tras la Marcha sobre Roma, cómo se estableció la dictadura y cómo se empezó a construir el régimen fascista. Y todo ello desde una creciente admiración por lo que los fascistas estaban haciendo en Italia<sup>12</sup>. Una admiración que le hacía salir a replicar incluso a quienes —desde posiciones de simpatía— ponían objeciones a la obra del fascismo, tal y como hizo, por ejemplo, al defender el ruralismo fascista frente a la denuncia del mismo que había hecho José María Salaverría<sup>13</sup>. Y eso en fecha tan temprana como 1928. No escojo el ejemplo al azar. Como veremos, esa defensa del ruralismo va a ser un elemento central en el discurso de Sánchez Mazas y, por ello, en el del falangismo durante la República.

Rafael Sánchez Mazas no tiene la menor duda al establecer la identificación entre falangismo y fascismo, lo que no le impide defender a capa y espada la españolidad de aquél. Como es bien sabido, una de las acusaciones que los fa-

<sup>11</sup> Esos editoriales, «consignas» y «guiones», así como otros textos publicados por Sánchez Mazas en *Arriba* y *F.E.*, fueron recopilados años más tarde —con ligeras modificaciones de estilo y puntuación— en SÁNCHEZ MAZAS, R.: *Fundación, hermandad y destino*, Madrid, Ediciones del Movimiento, 1957. Aquí se van a citar a partir de los textos publicados en *Arriba* y *F.E.* Agradezco a Ferran Gallego que pusiera a mi disposición su colección de ambos semanarios.

<sup>12</sup> La etapa de Sánchez Mazas como corresponsal en Roma y su creciente admiración por el fascismo, en CARBAJOSA, M. y CARBAJOSA, P., *La corte literaria de José Antonio*, pp. 43-48. Igualmente, pero rebajando el grado de identificación del escritor con el movimiento y el régimen mussolinianos, SAIZ VALDIVIELSO, A.C.: *Rafael Sánchez Mazas*, pp. 85-93.

<sup>13</sup> SÁNCHEZ MAZAS, R.: «Reflexiones sobre el fascismo. Carta a D. José María Salaverría», *ABC*, 14 de noviembre de 1928.

langistas (como antes los jonsistas) recibían desde la derecha era la de no ser más que una mera imitación de movimientos extranjeros, como el fascismo italiano o el nazismo, y que, precisamente por ese carácter imitador, difícilmente podrían arraigar en España. Ramiro Ledesma percibió muy pronto ese peligro y por ello, pese a que él no tenía la menor duda de dónde se ubicaba ideológicamente, siempre fue contrario al uso del término fascismo para identificar al partido que había creado en 1931 (las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista —JONS—). Pero que los jonsistas (como después los falangistas) no acostumbrasen a autoidentificarse con el término «fascistas» no ha de llevar a ninguna conclusión equivocada<sup>14</sup>. Tampoco los nazis utilizaban nunca ese término para referirse a ellos mismos, y no porque se viesan como algo sustancialmente distinto a lo que el fascismo italiano representaba (aunque, obviamente, tampoco como algo idéntico), sino porque, y esto lo olvidamos con frecuencia, en aquellos momentos el término fascismo hacía referencia de una manera mucho más clara e inequívoca de lo que lo haría después a la experiencia italiana. Eso del fascismo genérico será algo que vendrá mucho más tarde<sup>15</sup>.

Pero que no se identificasen con el término fascista no quiere decir, obviamente, que no lo fueran. Ocurre sencillamente que necesitaban definir el perfil propio de su proyecto político y eso pasaba por alejarse de cualquier imagen de meros imitadores de modas extranjeras<sup>16</sup>. Es más, no sólo negaban su condición de imitadores sino que acusaban a sus censores de serlo ellos en grado superlativo. Así, Sánchez Mazas reiterará en sus escritos en *F.E.* y luego en *Arriba* que, para imitadores, los socialistas (el marxismo es algo alemán), los demócratacristianos

<sup>14</sup> Con todo, los falangistas, especialmente en los primeros tiempos, no tenían problema alguno en identificarse con el fascismo. En *F.E.* había una sección fija que se titulaba «Vida fascista», y no era infrecuente encontrar en el semanario la identificación entre falangismo y fascismo. Por ejemplo, el apartado «Vida fascista» del n.º 2 (11 de enero de 1934, p. 8) se dedicó a «Alemania: Nazis y Judíos», y en el texto (que aparece sin firma) se dice: «Por el «antisemitismo» el fascio alemán se distingue y separa del fascio italiano. Y de todos los otros fascios en germen. Por ejemplo, el nuestro: el español». De donde se deriva inequívocamente no sólo la condición de fascistas de los falangistas sino la identificación de los nazis y los fascistas italianos como miembros de la misma familia, cada uno, eso sí, con sus peculiaridades nacionales.

<sup>15</sup> BÖCKER, M.: «¿Nacionalismo o fascismo? El fascismo español de la Segunda República y su relación con los movimientos fascistas en el extranjero», en ALBERT, M. (ed.): *Vencer no es convencer. Literatura e ideología del fascismo español*, Frankfurt-Madrid, Vervuert-Iberoamericana, 1998, p. 18. Por otra parte, es bien conocida la reticencia de los diversos partidos fascistas europeos de la época de entreguerras a incorporar el término «fascista» al nombre de sus organizaciones, con la única excepción relevante de la *British Union of Fascists*, de Oswald Mosley —y *Le Faisceau*, de Georges Valois, aunque este partido tuvo corta vida y escasa implantación en Francia—.

<sup>16</sup> En «Actualidad y libertad», *Arriba*, n.º 2, 28 de marzo de 1935, Sánchez Mazas escribe: «En el extranjero no nos ligamos a ninguna ortodoxia de fascismo, ni asistimos a reuniones internacionales»; y añade la inutilidad de toda imitación: de nada sirven «imitaciones parciales, inconexas e insostenibles de cosas realizadas fuera: la constitución de Weimar, el portido (sic) centro-alemán (o el popular italiano), el radical socialismo francés, las teorías de Maurras, el legitimismo romántico (también francés), el marxismo, el bolchevismo».



(puros emuladores del *sturzismo*), los conservadores (cuyo *copyright* tienen los ingleses), los liberales (deudores de los franceses) y así sucesivamente. La conclusión, al final, era que si había un movimiento genuinamente español ése era el que representaba la Falange, cuyos orígenes intelectuales y doctrinales Sánchez Mazas remontaba, en un escrito de diciembre de 1933, al Imperio del siglo XVI y la Contrarreforma<sup>17</sup>. Pero, como decía más arriba, la defensa de una identidad propia no era incompatible con la identificación de una pertenencia a espacios compartidos con el fascismo y el nazismo. Sánchez Mazas lo señala con frecuencia en sus escritos; no de una forma explícita pero sí de manera que el sentido de lo que dice resulta inequívoco.

Situado, pues, en su espacio ideológico, hay que reconocerle a Sánchez Mazas un considerable esfuerzo por codificar algunos de los elementos fundamentales que caracterizarían al falangismo republicano y que serían asumidos después por la Falange unificada a partir de 1937<sup>18</sup>. Sin ánimo de agotar ahora todos y cada uno de ellos, voy a intentar señalar algunos de los que me parecen más relevantes, sobre todo en orden a establecer la necesaria conexión entre el falangismo de preguerra y el de FET-JONS.

#### Movimiento y no-partido. El espacio fascista

Quizás sea ésta una de las cuestiones que de forma más reiterada aparece en los textos doctrinales de Sánchez Mazas. Falange no es un partido, sino un movimiento. Los partidos políticos son elementos disgregadores, que introducen una cuña de separación en el seno de la nación. Sirven sólo para defender intereses particulares, de clase o de grupo de presión, y, por ello, no pueden contribuir al bien común ni ser instrumentos de la necesaria regeneración nacional. Para Sánchez Mazas, los partidos de izquierda sólo aspiran a «gobernar para su miedo de clase», mientras que los de derecha aspiran a hacerlo «para su odio de clase», pero ninguno de ellos pone sus miras en metas más elevadas, que se sitúen por encima de la defensa de la propia facción<sup>19</sup>. La excepción, claro está, es Falange. Pero por eso mismo, Falange no es un partido, sino un movimiento; y un movimiento cuya concepción es «meta política», escribirá en noviembre de 1935, es decir, que está más allá y más acá de la política (sin que quede demasiado claro lo que Sánchez Mazas quería decir con eso)<sup>20</sup>. En cualquier caso, los falangistas

<sup>17</sup> «La paja en el ojo ajeno», *F.E.*, n.º 1, 7 de diciembre de 1933.

<sup>18</sup> Y ello al margen de la decisiva contribución de Sánchez Mazas a la creación del universo simbólico y el *estilo* falangistas; véase CARBAJOSA, M. Y CARBAJOSA, P.: *La corte literaria de José Antonio*, pp. 124-129.

<sup>19</sup> «¡Arriba España!», *Arriba*, n.º 31, 6 de febrero de 1936.

<sup>20</sup> «Extrema experiencia», *Arriba*, n.º 21, 28 de noviembre de 1935.



han de despreciar (como él hace una y otra vez) a los partidos políticos, que son «malolientes y superfluos»<sup>21</sup>, y que sólo están inspirados o por el egoísmo (la derecha) o por la pura delincuencia (la izquierda)<sup>22</sup>. Ellos, no hay que decirlo, no son ni de derechas ni de izquierdas porque representan a la totalidad de la nación. El partido es la facción, el movimiento es la comunidad nacional en marcha.

El problema en este planteamiento lo genera, claro está, la práctica política, el día a día, porque resulta difícil explicar la compatibilidad entre el denuesto constante de la derecha (que se exacerbará a lo largo de 1935, durante la radicalización antiburguesa de José Antonio y de su partido) y la búsqueda de financiación por parte precisamente de esos plutócratas a los que se acusa sin desmayo de egoístas y antipatriotas. Por no hablar de las maniobras de aproximación política en los contextos electorales: la negociación de plazas en la candidatura de las derechas ante la convocatoria de febrero de 1936<sup>23</sup>; pero ésa es una cuestión sobre la que volveré más adelante.

Al hilo de la reflexión anterior, creo que no es de menor importancia intentar acotar el espacio político que el falangismo comparte, ya durante la República, con quienes luego van a incorporarse al partido unificado durante la guerra. Es ésta una cuestión que remite, obviamente, al concepto de fascistización y, más aún, a la cronología de dicho proceso. Sobre el concepto y el proceso de fascistización, y limitándonos al caso español, Ismael Saz, Joan M. Thomàs, Ferran Gallego o Eduardo González Calleja, entre otros autores, han hecho decisivas interpretaciones (no en todo coincidentes), y no seré yo quien añada nada al respecto en este momento<sup>24</sup>. Lo que me interesa ahora es intentar una aproximación a cómo veían esa cuestión los contemporáneos, y más precisamente los falangistas. Y si nos hemos de guiar por lo que escribía Sánchez Mazas al respecto, no parece que pueda haber duda sobre la certeza que nuestro autor tenía sobre la pertenencia de Falange a un espacio compartido por las fuerzas de la derecha antirrepublicana; quizás no de forma clara en lo que hace a las cúpulas dirigentes

<sup>21</sup> «Etapa», *Arriba*, n.º 10, 23 de mayo de 1935; «Contienda por lo necesario», *Arriba*, n.º 11, 30 de mayo de 1935.

<sup>22</sup> «El sacrificio en el tablero», *Arriba*, n.º 19, 14 de noviembre de 1935.

<sup>23</sup> Un análisis de la radicalización falangista de 1935 en GALLEGO, F.: «Ángeles con espadas. Algunas observaciones sobre la estrategia falangista entre la revolución de octubre y el triunfo del Frente Popular», en GALLEGO, F., y MORENTE, F. (eds.): *Fascismo en España*, pp. 199-205.

<sup>24</sup> SAZ, I.: «El franquismo ¿Régimen autoritario o dictadura fascista?», en TUSELL, J., SUEIRO, S., MARÍN, J.M., y CASANOVA, M. (eds.): *El régimen de Franco (1936-1975). Política y Relaciones Exteriores*, Madrid, UNED, 1993, vol. I, p. 189-201 [ahora también en SAZ, I.: *Fascismo y franquismo*, Valencia, Publicacions de la Universitat de València, 2004, pp. 79-90]; THOMÀS, J. M.: *Lo que fue la Falange*; GALLEGO, F.: «Fascismo, antifascismo y fascistización. La crisis de 1934 y la definición política del periodo de entreguerras», en ANDREASSI, A., y MARTÍN RAMOS, J.L. (coords.): *De un octubre a otro. Revolución y fascismo en el periodo de entreguerras, 1917-1934*, s.l., El Viejo Topo, 2010, pp. 281-354; GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios. Radicalización violenta de las derechas durante la Segunda República, 1931-1936*, Madrid, Alianza Editorial, 2011.

de los partidos de la derecha, pero sí inequívocamente en lo que hace a sus bases, y muy especialmente sus juventudes. Y Sánchez Mazas no era, obviamente, el único que lo veía así. A la altura de septiembre de 1935, Ramiro de Maeztu escribía:

Y creemos que todas las fuerzas derechistas pueden y deben conjugarse para hacer frente a la revolución. Lo mismo que hacen los revolucionarios, ¿por qué no hemos de hacerlo nosotros? Si vemos que hay socialistas, maximalistas y otros que, como los fabianos, se introducen en la fortaleza del capitalismo para ir preparando el personal directivo del Estado socialista, ¿por qué no ha de haber toda clase de matices entre las derechas? Lo único que lo impide es el error de suponer que el enemigo está al lado y no de frente. Pero esto es ya algo peor que error: es el suicidio<sup>25</sup>.

Nótese que no estoy hablando de identidad de posiciones entre las fuerzas de la derecha antirrepublicana, pero sí de muy estrecho parentesco entre ellas, en la misma forma que lo veía Maeztu en el texto citado: es absurdo, señalaba, persistir en la desunión cuando las diferencias entre los grupos de la derecha son puramente de matiz, sobre todo si se comparan con lo sustancial, que es impedir el triunfo de la revolución. El parentesco era tal que en sus artículos Sánchez Mazas no deja de señalar cómo algunos de esos partidos han entrado en un proceso de imitación (de burda imitación en su opinión) de algunos elementos característicos de Falange (que en este caso quiere decir ni más ni menos que el fascismo español)<sup>26</sup>.

Las andanadas que, semana sí, semana también, Sánchez Mazas lanza contra las derechas —especialmente, como ya se ha señalado, durante todo el año 1935— responden a la necesidad de marcar un perfil propio, en un contexto en el que, y a veces se olvida, las siguientes elecciones estaban todavía muy lejanas. Pero cuando llega inopinadamente el momento de medirse en las urnas, José Antonio acude presto a negociar algunas actas de diputado con quienes han sido objeto de los ataques sistemáticos de su partido. Sánchez Mazas intenta disfrazarlo, de forma bastante patética, como una propuesta de articular un «frente moral», aunque reconociendo que un frente de ese tipo sólo es viable con la derecha, donde es posible encontrar algunos dirigentes que aún poseen la fibra moral imprescindible en un frente salvador de España<sup>27</sup>. Con todo, más significativo todavía es que cuando Sánchez Mazas se emplea con enorme contundencia con-

<sup>25</sup> MAEZTU, R. DE: «La nueva monarquía y la unión de las derechas», en ÍD.: *El nuevo tradicionalismo y la revolución social*, Madrid, Editora Nacional, 1959, p. 314 [el artículo se había publicado con el título de «La unión de las derechas» en el *Diario de Navarra*, el 5 de septiembre de 1935].

<sup>26</sup> «Las lechuzas y la Pascua», *F.E.*, n.º 10, 12 de abril de 1934; y «La línea divisoria», *Arriba*, n.º 18, 7 de noviembre de 1935.

<sup>27</sup> «Un frente moral», *Arriba*, n.º 20, 21 de noviembre de 1935.

tra populares y monárquicos, hace siempre una excepción con los tradicionalistas. De esta forma, el 24 de junio de 1935, Sánchez Mazas escribió lo siguiente:

Las derechas de España suponen el más bajo lodazal político que se haya constituido en Europa; la falsificación y la traición más grave del patriotismo auténtico y viril que imaginarse pueda. Hacemos excepción honrosa, ésta y todas las veces que se hable de derechas, del tradicionalismo, donde hay gentes de bien y de valor, víctimas de la picardía dirigente que administra *pro domo sua* el mito derechoide<sup>28</sup>.

### Tradición y revolución

No es inocente esta referencia al tradicionalismo, que adquiere mayor relevancia si se piensa en quiénes van a reunirse en el futuro Partido único. En muchos aspectos, Sánchez Mazas podía ver en el ideario de Falange (que él mismo estaba contribuyendo a definir) una actualización de aspectos importantes del tradicionalismo, cuestiones dinásticas aparte. De la misma forma que, a la inversa, algunos destacados intelectuales vinculados a *Acción Española* (y la propia revista a través de uno de sus editoriales) habían saludado la bandera que se alzaba en el mitin del Teatro de la Comedia del 29 de octubre de 1933 puesto que lo dicho en aquel acto se sustentaba sobre presupuestos idénticos a los del tradicionalismo<sup>29</sup>. Así como en esos momentos los tradicionalistas podían ver en Falange algo prescindible porque su ideario ya lo defendían ellos, Sánchez Mazas (y con él un importante sector de Falange) podía ver en el tradicionalismo, a la altura de 1935, una cantera de futuros militantes falangistas (como la veía, más claramente aún, en las juventudes de Acción Popular). Si ambas cosas ocurrían sólo era porque, se quiera o no, existía la intuición de ese espacio ideológico común que iba mucho más allá de una mera coincidencia en algunas de las propuestas programáticas de los partidos que compartían dicho espacio<sup>30</sup>.

De hecho, esto último, que podía ser pura intuición a la altura de 1934 o 1935, era más que una realidad después de la guerra<sup>31</sup>; y no porque se hubiese llegado

<sup>28</sup> «Insensibilidad vergonzosa», *Arriba*, n.º 14, 24 de junio de 1935.

<sup>29</sup> MORODO, R.: *Los orígenes ideológicos del franquismo: Acción Española*, Madrid, Alianza Editorial, 1985, p. 75; GONZÁLEZ CUEVAS, P.C.: *Acción Española. Teología política y nacionalismo autoritario en España (1913-1936)*, Madrid, Tecnos, 1998, p. 212.

<sup>30</sup> No lo ve así, entre otros, Alfonso Lazo, para quien entre Falange y la Comunión Tradicionalista había un abismo ideológico: «la Falange era el fascismo, la Comunión Tradicionalista era la reacción en estado puro y duro. Un pensamiento político, además de distinto, incompatible con el pensamiento falangista»; cfr. LAZO, A.: *Una familia mal avenida. Falange, Iglesia y Ejército*, Madrid, Síntesis, 2008, p. 63.

<sup>31</sup> E incluso ya en los meses que precedieron a su estallido, cuando destacados intelectuales y políticos de la extrema derecha como Ramiro de Maeztu y José Calvo Sotelo publicaban artículos en los que se identificaban abiertamente con el fascismo y reclamaban la convergencia de toda la derecha antirrepublicana en una organización de esas características. Cfr. GALLEGO, F.: «Sobre héroes y tumbas. La guerra civil y el proceso constituyente del fascismo español», en MORENTE, F. (ed.): *España en la crisis europea*

a una unión contra natura en 1937, sino porque buena parte de quienes formaban las bases de los partidos fusionados aquel año se identificaban como partícipes de una misma experiencia y un mismo proyecto. Y no sólo las bases. Rafael Sánchez Mazas no tuvo ningún problema en escribir, en 1940, el prólogo a un libro de un capitán de Requetés<sup>32</sup> en el que el *camisa vieja* decía que el autor, José Evaristo Casariego, estaba lleno de pasión por Franco y por Zumalacárregui, y añadía «Yo también». No era un desliz ni una simple fórmula de cortesía. Un poco antes, en una conferencia pronunciada en Bilbao, Sánchez Mazas identificó la guerra que acababa de finalizar como «la tercera guerra civil» que se había librado en España, y señaló que, por fin, a la tercera fue la vencida, apuntando así inequívocamente una genealogía también carlista para el *Movimiento Nacional*<sup>33</sup>.

Y esa visión tenía recorrido de ida y vuelta. El prologado, el requeté Casariego, escribía en esa obra que el «fascismo» (así, con esa palabra) era una realidad viva en España, que se podía ver y oír cada día, y que se trataba de «una realidad inteligente y vigorosa»<sup>34</sup>. Y luego añadía:

A España, a nuestra genial España (...) le ha cabido el honor de adelantarse también a eso. España fue el primer país europeo donde floreció un «fascismo» militante, patriótico y popular, religioso y social. ¿Qué fueron, si no, las grandes convulsiones tradicionalistas del siglo XIX?<sup>35</sup>.

Quede claro que no trato de decir que carlismo y fascismo fuesen la misma cosa. Es evidente que no era así. Lo que trato de situar (y éste es un ejemplo entre otros posibles) es cómo intelectuales de diferente filiación política (Casariego era escritor y periodista, además de requeté) podían reconocerse en ese territorio compartido, en el que los elementos comunes de sus respectivas opciones ideológicas eran tan numerosos y sustantivos que permitían superar sin demasiados problemas los elementos diferenciadores, que también existían. Y eso ya era así antes de julio de 1936. Luis Legaz Lacambra, uno de los principales teóricos del nacionalsindicalismo durante la guerra y la postguerra, lo veía de esta manera:

---

*de entreguerras. República, fascismo y guerra civil*, Madrid, Los libros de la catarata, 2011, p. 255. Santos Juliá ha escrito que, ya en 1935, los intelectuales católicos que luchaban por la destrucción de la República no veían contradicción alguna entre fascismo y estado católico, así que, iniciada la guerra, no es de extrañar que «la fusión entre la tradición católica monárquica y la novedad que representaba el ideario fascista no ofreciera mayor problema a los intelectuales de Acción Española»; cfr. JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, Madrid, Taurus, 2004, p. 298.

<sup>32</sup> CASARIEGO, J.E.: *España ante la guerra del mundo*, Madrid, 1940. Agradezco a Ferran Gallego la información sobre esta obra.

<sup>33</sup> SÁNCHEZ MAZAS, R.: *Vaga memoria de cien años*. Conferencia pronunciada en la Sociedad Bilbaina el 14 de octubre de 1939, s.l., Vértice, 1940 (ejemplar sin paginar).

<sup>34</sup> CASARIEGO: *España ante la guerra del mundo*, p. 4.

<sup>35</sup> *Ibid.*, p. 5.

Falange Española y Requetés no eran dos ‘sectas’ que, mediante una transacción en los respectivos puntos de vista dogmáticos hayan llegado a constituir una ‘Iglesia’; sino que eran dos ‘Iglesias’ a las que ninguna cuestión dogmática separaba, ni siquiera ningún cisma, sino tan sólo el hecho de haber sido fundadas por personas distintas y en tiempos distintos, pero sobre la base de un fondo dogmático común, siquiera interpretado con terminología y estilo diferentes, reconociendo a su vez esta diferencia como causa única, la temporalidad. Bastó, pues, que llegase esta nueva sazón de los tiempos para que quedase unido, sin transacción ni claudicaciones, lo que sólo el tiempo —no con posterioridad, sino anticipadamente— había separado<sup>36</sup>.

Quizás Legaz exageraba algo, pero de lo que no hay la menor duda es de que en los años republicanos, y al menos en los ámbitos intelectuales conectados con Falange y con la Comunión Tradicionalista, así como con Renovación Española, la *promiscuidad ideológica* era un hecho, y ello se reflejaba no sólo en las elogiosas reseñas y comentarios sobre libros y artículos publicados que se dedicaban unos a otros<sup>37</sup>, sino también en el hecho de que *todos* publicaban en *todas* las revistas de ese espacio progresivamente fascistizado, con una absoluta normalidad<sup>38</sup>. De hecho, en fecha tan temprana como diciembre de 1933, la revista *Acción Española* levantaba acta de la identidad de objetivos entre la CEDA, los tradicionalistas, Renovación Española y los falangistas: «No hay discrepancia. El Estado liberal y democrático, hijo de la Revolución francesa, deberá desaparecer y ser sustituido (sic) por un Estado cristiano, nacional y corporativo»<sup>39</sup>. Todas esas organizaciones no eran lo mismo, pero, de momento, para el editorialista de *Acción Española* se había creado un terreno compartido identificado por lo que

<sup>36</sup> LEGAZ LACAMBRA, L.: *Introducción a la teoría del Estado Nacional-sindicalista*, Barcelona, Bosch, 1940, p. 173.

<sup>37</sup> Véase, por ejemplo, la dedicada en *F.E.* (n.º 3, 18 de enero de 1934, p. 11) a una antología de textos de Marcelino Menéndez Pelayo a cargo del monárquico Jorge Vigón, que sirve, de paso, para hacer el elogio falangista del polígrafo montañés.

<sup>38</sup> Un buen ejemplo de ello son las dos colaboraciones en la revista *JONS* del destacado miembro del *alfonsinismo*, y personaje clave en los contactos entre monárquicos, jonsistas y falangistas, José María de Areilza, tratando nada más y nada menos que sobre el nacional-sindicalismo y el estado nacional: «El futuro de nuestro pueblo. Nacional-Sindicalismo», *JONS*, n.º 1, mayo de 1933, pp. 7-10; y «El futuro de nuestro pueblo. Estado Nacional», *JONS*, n.º 4, septiembre de 1933, pp. 148-152. O las que aparecen en el semanario *F.E.* firmadas por Eugenio Montes, colaborador habitual en *ABC* y *Acción Española*: «Profecía del César Carlos V o el pacto de París con el demonio», *F.E.*, n.º 4, 25 de enero de 1934, p. 10; y «Cantares de gesta», *F.E.*, n.º 10, 12 de abril de 1934, p. 3. A su vez, Rafael Sánchez Mazas, Primo de Rivera e incluso Ramiro Ledesma publicaron textos en *Acción Española*: SÁNCHEZ MAZAS, R.: «Campanella y Maurras», *Acción Española*, n.º 44, 1 de enero de 1934, 769-779, y «El Dux o la política de vejez», *Acción Española*, n.º 51, 16 de abril de 1934, pp. 233-242; PRIMO DE RIVERA, J.A.: «Una bandera que se alza», *Acción Española*, n.º 40, 1 de noviembre de 1933, pp. 363-369; LEDESMA RAMOS, R.: «Ideas sobre el Estado», *Acción Española*, n.º 24, 1 de marzo de 1933, pp. 581-587. Y todo ello sin olvidar lo que representó la iniciativa de *El Fascio*, donde, bajo el impulso y amparo de sectores significados de la extrema derecha monárquica, se reunieron prácticamente todos los que unos meses más tarde iban a participar en el proyecto falangista.

<sup>39</sup> «Hacia un Estado nuevo», *Acción Española*, n.º 42, 1 de diciembre de 1933, p. 515.

había que destruir (la República democrática) y por lo que había que crear. El proceso de fascistización de la derecha española estaba en marcha, y en los dos años siguientes no haría sino intensificarse.

En otro orden de cosas, Sánchez Mazas escribirá con frecuencia sobre la combinación de tradición y modernidad que Falange representaba. Una cuestión que, como sabemos, es una de las características más identificables en los fascismos. El *modernismo reaccionario* del que ha hablado Herf<sup>40</sup> está presente, y casi con esos mismos términos, en algunos de los textos de Sánchez Mazas de los años 1935 y 1936:

En el fondo somos más reaccionarios y más revolucionarios que nadie, más originales y más tradicionales que nadie, más patriotas y más universales que nadie<sup>41</sup>.

En otros textos, Sánchez Mazas señala que Falange aspira a mantener todo lo que de bueno hay en la tradición (incluyendo determinados aspectos de la producción económica) pero actualizándola de acuerdo con los nuevos tiempos (en el caso de la economía, mediante la asunción del progreso técnico, por ejemplo)<sup>42</sup>. Pero, con todo, el peso de lo tradicional acaba ganando la partida a los elementos de modernidad en el discurso de Sánchez Mazas (que, vuelvo a repetir, es el que el Partido asume como propio en la medida en que dicho discurso se vierte en los editoriales del órgano de expresión de FE de las JONS). Y quizás uno de los elementos donde más claramente se aprecia esa decantación (además de en la cuestión del catolicismo, a la que después me referiré) es en la apuesta por el ruralismo que el partido hace durante 1935 y que Sánchez Mazas teoriza desde su atalaya de *Arriba*.

Como ya señalé anteriormente, en fecha tan lejana como 1928, Sánchez Mazas había glosado las virtudes del fascismo italiano precisamente por su orientación ruralista, que no era incompatible, escribía entonces Sánchez Mazas, con otros rasgos de modernidad<sup>43</sup>. En aquel artículo en ABC, Sánchez Mazas decía (y lo decía con admiración) que «el fascio practica hoy el ruralismo como ninguna nación europea», lo que no era incompatible con otros rasgos de la modernidad fascista que podía representar, por ejemplo, un Marinetti (y que Sánchez Mazas alababa también). La clave estaba, sin embargo, en construir una modernidad que

---

<sup>40</sup> HERF, J.: *El modernismo reaccionario. Tecnología, cultura y política en Weimar y el Tercer Reich*, México, Fondo de Cultura Económica, 1990.

<sup>41</sup> «Concordia», *Arriba*, n.º 32, 13 de febrero de 1936.

<sup>42</sup> «Sabiduría y rareza de España», *Arriba*, n.º 4, 11 de abril de 1935.

<sup>43</sup> Era un debate que también se había dado en el seno del propio Partido Nacional Fascista y que, por ejemplo, en el ámbito de la cultura había dividido a los escritores fascistas en dos movimientos confrontados, uno de ellos ruralista y provincial —*Strapaese*— y el otro industrial, urbano y cosmopolita —*Stracittà*—; véase PEÑA SÁNCHEZ, V.: *Intelectuales y fascismo. La cultura italiana del «ventennio fascista» y su repercusión en España*, Granada, Universidad de Granada, 1995, pp. 31-52.

no renegase de la tradición y que no perdiese de vista que en el campo se encuentra la esencia de la nación en su estado más puro.

Unos años más tarde, embarcado ya en la experiencia falangista, Sánchez Mazas retoma el argumento y no necesita hacer de la necesidad virtud para defender que es en las aldeas de España, entre la *humanidad labradora* (como la describe) donde Falange ha de ir a buscar su nutriente y desde donde se producirá el renacer de la nación (mito palingenésico tan caro a los fascistas). Ciertamente, para entonces se había producido el fracaso falangista en el intento de hacerse con una base sindical obrera potente<sup>44</sup>; pero esta realidad no debe convertir la apuesta ruralista de Falange en un mero acto de oportunismo. No al menos, como se ha visto, en el caso de Sánchez Mazas.

Hay en éste una visión idealizada del mundo rural, donde perviven las grandes virtudes del pueblo español, atesoradas por esos labriegos (no los jornaleros andaluces o extremeños, sino el pequeño propietario castellano como arquetipo) que han sido secularmente víctimas del abandono y el desprecio por parte de las derechas y las izquierdas, y que se han visto sometidos a la explotación sistemática por parte «de los tahures de la ciudad y de la Banca»<sup>45</sup>. El campo, pues, como punto de partida de la necesaria reconquista de una España que se hunde, en la que todo anda de mal en peor, desnortada, ruinosa, decadente... y de la que no habrá más remedio que hacer tabla rasa<sup>46</sup>.

## Nación e Imperio

El fascismo es, entre otras cosas pero muy especialmente, un ultranacionalismo. La unidad y la grandeza de España constituyen otro de los elementos recurrentes del discurso de Sánchez Mazas. La crítica feroz del separatismo, encarnado sobre todo en el nacionalismo catalán, aparece recurrentemente en sus textos de los años republicanos, y suele ser despachado con exabruptos y argumentos a veces delirantes, como cuando escribe que el nacionalismo disgregador no es sino «BOVARYSMO separatista de divorciada provinciana», generador de pérdida de libertad para España pues «sus honradas hijas» (Vizcaya, Cataluña) son sometidas a una auténtica «trata de blancas» al pretender (los nacionalistas) ponerlas en manos de potencias extranjeras<sup>47</sup>.

Naturalmente, la crítica del separatismo no debe confundirse, explica Sánchez Mazas, con una concepción uniformizadora y homogeneizadora de España. Todo

<sup>44</sup> THOMÀS, J. M.: *Los fascismos españoles*, Planeta, Barcelona, 2011, pp. 98-99.

<sup>45</sup> «Esquema de una política de aldea», *Arriba*, n.º 6, 25 de abril de 1935.

<sup>46</sup> «Tabla rasa», *Arriba*, n.º 15, 27 de junio de 1935.

<sup>47</sup> «Libertad y unidad», *F.E.*, n.º 3, 18 de enero de 1934 [las mayúsculas, en el original].



lo contrario: es necesario reconocer la diversidad de España y la pluralidad de los pueblos que la forman (y que según él son cinco: vascos, catalanes, castellanos, gallegos y andaluces)<sup>48</sup>. Si España fue grande en el pasado fue precisamente porque esos pueblos supieron unirse en un destino común, superando la simple identificación con el terruño, la raza, el clima «y las cosas que hacen iguales a los rebaños»<sup>49</sup>. Afirmación ésta que nos lleva directamente a una cuestión central como es el concepto de nación que late en el falangismo de Sánchez Mazas.

Para los falangistas, nos dice Sánchez Mazas, el territorio, la raza, la lengua... son elementos importantes en la definición de la nación. Pero no son ni mucho menos los más importantes ni, desde luego, determinantes (lo que es coherente con su afirmación anterior sobre los pueblos de España y la superación de sus hechos diferenciales). Por el contrario, lo que hace a España una nación («una unidad orgánica superior») es la «unidad de destino» que permite agavillar a todos los españoles en torno a un único y gran proyecto universal y que se eleva hacia el Imperio<sup>50</sup>. El planteamiento es de claras resonancias orteguianas —tras pasar por el filtro *joseantoniano*—, pero Sánchez Mazas no se detiene ahí, y es que, evidentemente, nos recuerda el escritor falangista, hay condicionantes físicos de la unidad, pero lo verdaderamente importante está en otra parte: «Del Pirineo a las columnas de Hércules, existen CONDICIONES impuestas a la unidad que son ciertamente naturales y particulares, pero las RAZONES para conquistar esta unidad —recobro de la libertad y de la fe— son *sobrenaturales* y universales»<sup>51</sup>.

El concepto de nación es inseparable del de unidad. Pero los falangistas, sigue argumentando Sánchez Mazas, no cometen la simpleza de otros de identificar la unidad nacional con su unidad territorial, física<sup>52</sup>. Ya antes, en otro artículo, había advertido de que la unidad nacional implicaba también «la unidad social y la unidad política», contra la que atentaban los partidos políticos que se guiaban por intereses de clase, lo que los convertía, como a los nacionalistas catalanes o vascos, en separatistas<sup>53</sup>. Para los falangistas, la unidad nacional es sobre todo «cultural, ideal y de futuro», y se acaba plasmando en un ideal de Imperio<sup>54</sup>.

Pero ¿de qué Imperio? ¿a qué se refiere Sánchez Mazas cuando utiliza ese concepto? Contra lo que se pudiera esperar, no hay en Sánchez Mazas una invocación al Imperio territorial, algo que, por el contrario, estará muy presente en la

<sup>48</sup> «Diversidad y bienaventuranza», *F.E.*, n.º 5, 1 de febrero de 1934.

<sup>49</sup> *Ibidem*.

<sup>50</sup> «Unidad de destino», *Arriba*, n.º 1, 21 de marzo de 1935.

<sup>51</sup> «Libertad y unidad», *F.E.*, n.º 3, 18 de enero de 1934 [las mayúsculas, en el original; el énfasis es mío].

<sup>52</sup> «Conferencia de Rafael Sánchez Mazas», *Arriba*, n.º 1, 21 de marzo de 1935, p. 4. El tema de la conferencia versó sobre «Nación, Unidad, Imperio», y con ese título se publicaría más tarde en el anteriormente citado *Fundación, hermandad y destino*, pp. 259-266.

<sup>53</sup> «Separatismos», *F.E.*, n.º 2, 11 de enero de 1934.

<sup>54</sup> «Conferencia de Rafael Sánchez Mazas», *Arriba*, n.º 1, 21 de marzo de 1935, p. 4.

elaboración doctrinal del falangismo de guerra y postguerra (es decir, del falangismo *unificado*), y por parte no sólo de autores que provenían de la Falange republicana sino también de miembros del partido que antes de 1937 habían tenido otras adscripciones ideológicas<sup>55</sup>. En el Sánchez Mazas de los años republicanos, sin embargo, el Imperio es sobre todo una construcción espiritual, muy próxima, por tanto, a lo que escribían por entonces otros intelectuales de la derecha radical, no identificada como fascista, en una revista como *Acción Española*.

Para Sánchez Mazas, el Imperio es, ante todo, «misión nacional» y «unidad de destino», que lleva a España a la disyuntiva de «imperar» (sin que nuestro autor se moleste en explicar a qué se refiere con esa palabra, que utilizará sin desmayo durante estos años) «o languidecer»<sup>56</sup>. Por supuesto, el *camisa vieja* falangista no desdeña los elementos territoriales del Imperio, y por ello se remite al reinado grandioso del Emperador Carlos V, en su opinión, el momento de mayor gloria del Imperio español<sup>57</sup>, pero en sus escritos nunca llega a explicitar reivindicación territorial alguna, y no pasa de esa afirmación ya comentada de que España debe «imperar» si quiere ser tenida en cuenta en el concierto de las naciones. Efectivamente, el Imperio tiene un componente material, pero en realidad su sustancia es más compleja. Así lo señalaba Sánchez Mazas en una conferencia pronunciada en marzo de 1935:

Hay una gran confusión de ideas en lo que se relaciona con el Imperio. Imperio no es únicamente sinónimo de grandes acorazados, territorios, islas, etc.; el Imperio es ante todo una actitud del alma colectiva. Antes que extensión es calidad. El Imperio no se reduce a la nación o al Estado. Puede haber Imperio en la familia, en la Falange por el sistema de mando. Imperemos dentro de la Falange; imperando en ella, imperaremos sobre los demás partidos. Imperando sobre los demás partidos, imperaremos en España<sup>58</sup>.

---

<sup>55</sup> Sin ir más lejos, en el anteriormente citado libro de Casariego, *España ante la guerra del mundo*, se explicitan clarísimamente las ambiciones territoriales de España en tanto que «potencia mediterránea» y «potencia atlántica». Casariego no duda incluso en utilizar el concepto de «espacio vital» para referirse a las aspiraciones en el Mediterráneo. Eso sí, a continuación dice que el Imperio es también una «misión universalista» y, «sobre todo, la expansión de una fe y de una cultura...»; las citas en pp. 65 y 74. Eso sin olvidar que la obra de referencia sobre las aspiraciones territoriales españolas, *Reivindicaciones de España* (1941), fue escrita no por falangistas *camisas viejas*, sino por «dos recién llegados al partido como José María de Areilza y Fernando María Castiella»; cfr. SESMA LANDRIN, N.: «Importando el Nuevo Orden. El Instituto de Estudios Políticos y la recepción de la cultura fascista y nacionalsocialista en España (1939-1943)», en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Rebeldes y reaccionarios. Intelectuales, fascismo y derecha radical en Europa*, s.l, El Viejo Topo, 2011, p. 243.

<sup>56</sup> «Estado e historia», *F.E.*, n.º 4, 25 de enero de 1934; repetirá esa misma definición en «Fundación», *F.E.*, n.º 12, 26 de abril de 1934: «Ahora bien: una política de unidad de destino y una política de misión que es lo mismo, sólo se llama Imperio» [mantengo la puntuación del original].

<sup>57</sup> «Cuarto centenario de la toma de Túnez», *Arriba*, n.º 7, 2 de mayo de 1935, p. 6.

<sup>58</sup> «Conferencia de Rafael Sánchez Mazas», *Arriba*, n.º 1, 21 de marzo de 1935.

En definitiva, para Sánchez Mazas, el Imperio es ante todo misión nacional, unidad de destino y una actitud del alma colectiva. Y es también, como en la época del César Carlos, defensa de la cristiandad<sup>59</sup>.

### Catolicismo

Y es que Falange es, sin duda, un partido fascista, pero es, también, un partido católico. Intensamente católico, diría yo, lo que no excluye, claro está, que entre sus militantes hubiese también gente escasamente religiosa, e incluso atea y anticlerical (aunque estos últimos me atrevo a pensar que seguramente constituían una excepción). Pero lo que importa ahora es la línea oficial del partido. Y en ese punto, y sobre esta cuestión, los escritos de Sánchez Mazas publicados como «consignas» y como «editoriales» en los principales órganos de expresión de la organización dejan poco lugar a la discusión.

Hay por una parte —si se quiere, la más superficial— una reiteración de referencias al carácter religioso del fervor militante que identificaba a los falangistas<sup>60</sup>, o a la condición de mitad monjes mitad soldados que tenían los miembros del partido. Y es que, señalaba Sánchez Mazas, «meterse en la Falange, cuando se cumple bien el juramento, es mitad como meterse fraile, mitad como hacerse soldado»<sup>61</sup>. O de otra manera:

A nosotros sólo tienen que unirse los afiliados como a una hermandad de fundación, como a una Orden militar y religiosa, donde habrá que hacer en su día noviciado y vela de armas, toma de hábito y toma de juramentos...<sup>62</sup>.

De la misma forma, era habitual la presencia en los textos de Sánchez Mazas de un léxico de carácter netamente religioso: penitencia, ayuno, expiación, cuaresma...<sup>63</sup>; como eran frecuentes también las referencias de carácter bíblico, como en aquella ocasión —en mi opinión, bien significativa— en que Sánchez Mazas explica cómo, con motivo de la celebración en 1934 de la festividad del 14 de abril, Falange colgó en los treinta y cuatro balcones de su sede su colección de tapices con la historia del «Casto José», que resultó «celebradísima por un inmenso público»<sup>64</sup>.

---

<sup>59</sup> En el anteriormente citado «Cuarto centenario de la toma de Túnez», al glosar la figura del César Carlos, Sánchez Mazas pone el énfasis en su condición de «brazo de toda la católica Europa».

<sup>60</sup> «Valladolid», *F.E.*, n.º 9, 8 de marzo de 1934.

<sup>61</sup> «Hermandad», *Arriba*, n.º 8, 9 de mayo de 1935.

<sup>62</sup> «Fundación», *F.E.*, n.º 12, 26 de abril de 1934.

<sup>63</sup> «Hora expiatoria», *Arriba*, n.º 33, 23 de febrero de 1936.

<sup>64</sup> «Las fiestas y el camino de las derechas», *F.E.*, n.º 11, 19 de abril de 1934.

Pero con resultar ilustrativos estos ejemplos de expresividad religiosa, mucho más importante es observar cómo lo católico impregna los contenidos del discurso falangista, y muy claramente el de Rafael Sánchez Mazas. Es significativo que, para éste, el amor a la Patria sea lo más importante en la vida, aunque sólo después del amor a Dios —«Amamos a la Patria, como ella debe ser amada, la primera después de Dios»<sup>65</sup>—. O que resuma el programa falangista («las tres grandes reivindicaciones») en estas tres palabras: «pueblo», «Patria» y «Dios» (traicionadas, según nos dice, por las derechas —y, naturalmente, por las izquierdas—)<sup>66</sup>; o en estas otras cuatro: «la Patria, el orden, la Religión o la Familia», que los burgueses bienpensantes también invocan continuamente pero sólo, así lo escribe Sánchez Mazas, para camuflar con ellas la defensa de sus intereses espurios<sup>67</sup>.

Desde este último punto de vista, los falangistas aparecen, y así lo reitera hasta la saciedad nuestro autor, como los auténticos defensores de la fe católica (junto con, quizás, los tradicionalistas)<sup>68</sup>. Según Sánchez Mazas, la revolución falangista tendría un carácter de «revolución cristiana y civilizadora» al tiempo que «moderna, reivindicadora y popular»<sup>69</sup>. Los falangistas tenían, como José Antonio, un «sentido cristiano de la historia»<sup>70</sup> y creían en un Dios ordenador de la vida de los hombres:

Partía la Falange de una concepción total del mundo y de la realidad, de una concepción clásica y cristiana, que asumíamos por entero en sus imperativos de hoy frente a la realidad histórica. Con esto, cuando hablaba ya el Jefe Nacional en el acto de la Comedia de «unidad de destinos, leyes de amor» y de «guardias bajo las estrellas», en todo esto iba ya implícita una manera de concebir Dios y el mundo, el cielo y la tierra, el espíritu y el cuerpo, la idea y el hecho, y, a la vez, la convicción inseparable de que la vida humana debe ser regulada por una sabiduría que la trasciende, por fines que la trascienden y en primer lugar por una sabiduría divina, por un Dios ordenador, sin el cual no concebimos la naturaleza ni la historia<sup>71</sup>.

Esta incorporación del humanismo cristiano al discurso falangista no se queda sólo en aquello que atañe al individuo, su conciencia y su estar en el mundo, sino que tiene también una clara dimensión colectiva, nacional: «Lo fundacional cesáreo, católico (o mixto de cesáreo y católico), es el genio de España como política de misión, como clave de la unidad de destino»<sup>72</sup>. En uno de los mítines

<sup>65</sup> «Valladolid», *F.E.*, n.º 9, 8 de marzo de 1934.

<sup>66</sup> «¡Arriba España!», *Arriba*, n.º 31, 6 de febrero de 1936.

<sup>67</sup> «Sobre unas sonrisas escépticas», *Arriba*, n.º 27, 9 de enero de 1936.

<sup>68</sup> Sus andanadas contra las derechas iban dirigidas en primer lugar contra la CEDA y, después, contra Renovación Española. A los tradicionalistas, como ya se indicó más arriba, los salvaba de la quema.

<sup>69</sup> «Bajo el tiempo difícil», *Arriba*, n.º 34, 5 de marzo de 1936.

<sup>70</sup> «Sobre unas sonrisas escépticas», *Arriba*, n.º 27, 9 de enero de 1936.

<sup>71</sup> «Extrema experiencia», *Arriba*, n.º 21, 28 de noviembre de 1935.

<sup>72</sup> «Fundación», *F.E.*, n.º 12, 26 de abril de 1934.

de la campaña electoral de febrero de 1936 (doble discurso en los cines Europa y Padilla, de Madrid —2 de febrero de 1936—), Sánchez Mazas recordó que Falange había nacido en pleno apogeo de la reacción moral, religiosa y patriótica que se produjo en España durante el gobierno republicano-socialista; pero, añadió, para entonces (y se refería a principios de 1936) los principios que habían inspirado aquella enérgica reacción habían sido abandonados por las derechas:

Hoy ha desaparecido de esa propaganda política de las derechas toda alusión viva a los temas morales y patrióticos (...) Ya no se habla para nada del Clero, de las parroquias, de la ley del Divorcio, ni siquiera de los Estatutos, de todo aquello que podía ser un ansia de España por recobrar la unidad nacional, la unidad de la Patria, de la familia, el alma del niño. Todo esto parece que no preocupa nada<sup>73</sup>.

Afortunadamente, sigue Sánchez Mazas, ahí está Falange para mantener la llama de la insurrección moral y religiosa:

Pero ¿qué es esto? Esta no es una política para hombres, esta no es la política de la Falange; la política de la Falange es ante todo una política de predominio de los valores espirituales; la política de la Falange va sobre todo a reconquistar en el alma de España a los hombres de España... (*Grandes aplausos*) La Falange vela las armas, la Falange quiere el alma, la fe, la caridad; la Falange quiere la justicia, la Falange quiere ir a la lucha viendo la dependencia de las cosas con las leyes divinas, no con las leyes humanas. Este es el único valor. Cuando decimos una unidad de destino, no decimos nada sino (sic) agregamos una defensa de las cosas divinas<sup>74</sup>.

Y concluye su discurso con estas palabras:

No nos ha gustado hablar de cosas religiosas, pero nos va a tocar representar en esta España la más auténtica fibra religiosa. Preparaos, pues, a recibir en algún día claro y grande, la universal consigna que fué dando a cada una de las galeras de la flota de Lepanto don Juan de Austria: Cristo es nuestro Capitán General. ¡Arriba España! (*Grandes aplausos*)<sup>75</sup>.

Si no fuese por las alusiones que en el discurso hay a Falange, estas palabras podrían haber sido pronunciadas por algún dirigente católico de cualquiera de los partidos que integraron las candidaturas de la derecha antirrepublicana en aquellas elecciones. De hecho, y como ya se indicó antes, si Falange no participó en una coalición derechista no fue por falta de interés sino por la escasa disposición de populares y monárquicos a ceder a los falangistas plazas de salida en sus candidaturas en el número que éstos creían merecer<sup>76</sup>.

<sup>73</sup> «El doble mitin de la Falange en la Capital de España», *Arriba*, n.º 31, 6 de febrero de 1936; la intervención de Sánchez Mazas, en las pp. 2 y 3. El discurso de Sánchez Mazas se publicó en *Fundación, hermandad y destino* con el título de «Nuestro capitán general», pp. 270-278.

<sup>74</sup> *Ibid.*

<sup>75</sup> *Ibid.*

<sup>76</sup> Una explicación de las negociaciones sobre esta cuestión en RODRÍGUEZ JIMÉNEZ, J.L.: *Historia de Falange Española de las JONS*, Madrid, Alianza Editorial, 2000, pp. 208-211.

Con todo, había un aspecto en esta defensa del catolicismo en el que Falange marcaba distancias con otras opciones de la derecha, y no era otro que el tipo de relaciones que debían darse entre el Estado y la Iglesia. La separación de ambas esferas, que aparecía nítida en los 27 puntos que constituían el programa falangista, marcaba una posición que otros partidos de orientación católica no compartían. Sin embargo, no hay que precipitarse a la hora de extraer conclusiones sobre lo que esa posición significaba. Para empezar, los falangistas —y el propio Sánchez Mazas— identificaban esa división de áreas de actuación con la tradición Imperial española: el propio emperador Carlos, «como San Luis, como la Reina Católica, como Cisneros, combate la extralimitación de la Curia Eclesiástica, manteniendo la esfera propia de cada una de las dos potestades y combatiendo, a la vez, por su armonía superior en todos los campos de batalla»<sup>77</sup>. Así pues, no había nada de anticatólico en esa posición, y, desde luego, en modo alguno significaba que Falange estuviese menos dispuesta que otras fuerzas a actuar de forma que la Iglesia quedase en la mejor posición posible para el desarrollo de sus funciones morales y religiosas<sup>78</sup>.

Sánchez Mazas salió al paso de quienes identificaban al fascismo (y, por extensión, al falangismo) con posiciones anticatólicas, recordando la defensa del catolicismo que estaba haciendo el fascismo italiano y el agradecimiento por ello del Papa:

El Papa no ha condenado nunca al fascismo italiano. Ha llamado a Mussolini «hombre dado a Italia por la Providencia divina». Ha dado capellanes a todas las legiones de camisas negras. Ha celebrado los beneficios sociales y religiosos de la legislación fascista, desde el crucifijo en las escuelas hasta la elevación moral de Italia en todos los aspectos de vida. Pero el fascismo ha sido condenado como anticatólico en *El Heraldo* por el señorito Gil Robles, que estaba nervioso precisamente después de la emoción unánime producida ante los cristianos honores rendidos a uno de nuestros muertos. El señorito Gil Robles debe entender que los anatemas de la Santa Madre Iglesia no pueden nunca venir tan bajos ni desde tan bajo lugar<sup>79</sup>.

Y no le faltaba razón a Sánchez Mazas. De todas maneras, y para que no quedara la menor duda sobre la cuestión, en abril de 1935, en plena etapa de radicalización del partido, el número dos de Falange pronunció un discurso en Toro

<sup>77</sup> «Cuarto centenario de la toma de Túnez», *Arriba*, n.º 7, 2 de mayo de 1935, p. 6.

<sup>78</sup> La necesidad de delimitar claramente los territorios del Estado y de la Iglesia estaban presentes ya en una obra poco conocida de Sánchez Mazas como fue *España-Vaticano. La política religiosa. Encuentros con el Capuchino* (1932), publicada bajo el seudónimo de «Persiles», que provocó el rechazo de la jerarquía católica y de los posibilistas de la CEDA, pero el apoyo de los monárquicos alfonsinos por lo que en el libro había de crítica al accidentalismo y gradualismo de los populares; cfr. CARBAJOSA, M. y CARBAJOSA, P.: *La corte literaria de José Antonio*, pp. 69-74; también SAIZ VALDIVIELSO, A.C.: *Rafael Sánchez Mazas*, pp. 108-110.

<sup>79</sup> «Anatema», *F.E.*, n.º 8, 1 de marzo de 1934.

en el que desarrolló la política para el campo que defendían los falangistas. Tras enunciar algunas medidas que se tomarían, el orador añadió lo que sigue:

Y allí se empezará por algo que no nos compete del todo a nosotros, al Estado, pero también por algo que el Estado debe regular en su libertad y ayudar en su dignidad y esplendor. En realidad se empezará por la ayuda de Dios, por la organización del mundo moral, por la elevación del orden religioso. Es necesario que el centro espiritual de la aldea sea la parroquia, como órgano supremo de su moralidad. Defenderemos las parroquias de aldea con más tesón que las Universidades. No nos gusta hablar de estas cosas por dos razones: 1º Porque exceden en su totalidad a la tarea del Estado. 2º Porque jamás queremos hacer de ellas un banderín de enganche electoral. Pero, alguna vez es necesario. Nuestro Estado había de colaborar con la Iglesia ofreciéndole cuantos medios temporales y legales estén a su alcance para el robustecimiento de las parroquias campesinas (y de las no campesinas también), para la recta formación del clero, para el vigor de la jerarquía episcopal. Nada como la libertad y fortaleza de la Iglesia, en la esfera que le es propia, evita su mezcla deplorable con la política. En la aldea, en torno a la parroquia robustecida, podían funcionar con regularidad y sin mezclarse jamás con la política, todas aquellas obras sociales católicas, que tanto pueden hacer por elevar al mundo campesino (sic) y devolverle sus mejores tradiciones.

Tras el robustecimiento de la parroquia viene la reforma de la escuela y de la escuela con Cristo, que debe ser el enlace cordial e intelectual de la moral y la cultura civiles con la moral y la cultura de la Iglesia<sup>80</sup>.

El mensaje era inequívoco: la Iglesia no debía pretender intervenir en la esfera política, pero a cambio de ello el Estado velaría por que nada le faltase a aquélla para el desarrollo de su magisterio, incluyendo una escuela en la que lo católico sería un eje vertebrador fundamental. No estaría de más tenerlo presente cuando se plantea, como es frecuente en la literatura, la victoria de *los católicos* sobre *los falangistas* en la lucha por determinar la orientación de la educación en la España franquista, argumentando para ello tanto los valores católicos de la legislación y los contenidos educativos en el Nuevo Estado como los privilegios obtenidos por la escuela confesional católica en el nuevo orden educativo<sup>81</sup>.

## Después de la guerra

Si no conociéramos los textos que Sánchez Mazas escribió en los tres años anteriores al inicio de la guerra civil, podríamos caer en la tentación de pensar

<sup>80</sup> «Esquema de una política de aldea», *Arriba*, n.º 6, 25 de abril de 1935.

<sup>81</sup> Me he ocupado de la cuestión en diversas publicaciones, pero véase sobre todo: MORENTE, F.: «Los fascismos europeos y la política educativa del franquismo», en *Historia de la Educación*, n.º 24 (2005), pp. 179-204.



que lo que publicó tras el conflicto era el resultado de su experiencia traumática durante el mismo, especialmente por el conocido episodio del fusilamiento en El Collell. Porque, efectivamente, el Sánchez Mazas de 1939 es un escritor que desborda religiosidad por los cuatro costados, como se puede comprobar en el texto que reproduce una conferencia por él impartida en Zaragoza el 8 de abril de 1939 y que lleva el significativo título de *Discurso del Sábado de Gloria*<sup>82</sup>, donde se puede leer una desaforada invocación a la Virgen del Pilar, y donde Sánchez Mazas afirma:

Nosotros imponemos la libertad verdadera, porque imponemos una jerarquía de valores espirituales a las gentes de España (...) Imponemos esta jerarquía de valores espirituales como primera condición de libertad histórica civil, pero no la hemos inventado nosotros, es eterna y viene de Dios. Por eso la imponemos a rajatabla, sin vacilaciones posibles<sup>83</sup>.

Nada nuevo, como ya se ha visto. Existe un claro hilo de continuidad entre el discurso de Sánchez Mazas antes y después de la guerra civil. Ciertamente, había otros acentos en la Falange en los que el elemento religioso aparecía más amortiguado, pero lo sustantivo aquí es certificar que la afirmación de un fuerte catolicismo en Falange Tradicionalista y de las JONS no fue algo que se produjese como consecuencia de la guerra ni por la *contaminación* provocada por los tradicionalistas, alfonsinos y populares que se incorporan al partido, como tampoco fue algo que los falangistas de preguerra (al menos, un sector muy importante de los mismos) tuviesen que tragarse como un sapo envenenado, sino que fue algo perfectamente congruente con lo que Falange venía defendiendo desde su fundación, y que compartía, sin duda, el propio fundador del partido (aunque no, o al menos no de la misma forma, la línea ledesmista del mismo).

Lo que quizás nos debiera llevar a pensar que la síntesis que se produjo en FET y de las JONS entre un fascismo de carácter más o menos laico y un catolicismo político de fuerte impronta autoritaria y tradicionalista en realidad ya estaba presente en la misma Falange republicana, la de José Antonio Primo de Rivera, Ramiro Ledesma y, atención, Onésimo Redondo, no menos católico, ruralista y tradicionalista que el propio Rafael Sánchez Mazas. Todo lo cual explicaría la relativa facilidad con la que por la base —y en amplios sectores de la cúpula falangista— se asumió la unificación de abril de 1937<sup>84</sup>. Si el discurso del Sábado

<sup>82</sup> SÁNCHEZ MAZAS, R.: *Discurso del Sábado de Gloria*, s.l., Editora Nacional, 1939.

<sup>83</sup> *Ibid.*, pp. 13-14.

<sup>84</sup> José Andrés-Gallego ha ido más allá y ha señalado cómo el predominio entre los falangistas de aquellos que eran «partidarios de la defensa religiosa» habría sido uno de los elementos fundamentales que hicieron posible la Unificación; y añade: «Franco, de hecho, justificó la fusión expresamente en la afinidad entre el ideario de la Comunión y los Veintisiete Puntos de Falange, afinidad que, recordó, ya había puesto de relieve el tradicionalista Víctor Pradera en las páginas de *Acción Española*»; cfr. ANDRÉS-GALLEGO, J.: *¿Fascismo o Estado católico? Ideología, religión y censura en la España de Franco 1937-1941*, Madrid,

de Gloria es relevante por lo que nos dice de la catolicidad del fascismo de Sánchez Mazas, no lo es menos por lo que nos enseña sobre la cuestión de la unificación política. El *camisa vieja* falangista recuerda su «invariable devoción» por el tradicionalismo (que hemos podido comprobar anteriormente) y señala a continuación que la unión de falangistas y tradicionalistas es necesaria, y no sólo como fruto de la «fraternidad indisoluble y heroica de las trincheras, sino necesaria desde el punto de vista histórico y desde el punto de vista filosófico». El tradicionalismo y el falangismo aportan, juntos, lo que ha nutrido históricamente el «genio» de España: la combinación de «un alto sentido moderno con un alto sentido tradicional». Así que «cuando esta memoria del pasado y esta voluntad de futuro coinciden por heroica hermandad en un entendimiento del presente, se logra la articulación más eficaz y más exacta de las potencias del alma de la Patria»<sup>85</sup>. Seguramente sería difícil explicar mejor lo que supuso la síntesis que constituyó el fascismo español durante la guerra civil.

## II. ALGUNAS CONCLUSIONES

El análisis de los textos que Rafael Sánchez Mazas publicó antes y después de la guerra civil muestra un claro hilo de continuidad entre ellos en muchos aspectos, pero especialmente en todo aquello que tiene que ver con el catolicismo y la función de la Iglesia en un *Estado Nacional*. Y, como ya se indicó al principio, las posiciones de Sánchez Mazas eran algo más que las simples opiniones de un dirigente destacado del partido. Constituían, por la forma en que aparecían en *Arriba* y *F.E.*, doctrina oficial del partido en los años republicanos. Tanto en lo referente a la presencia de profundos elementos de catolicidad en el falangismo, como en lo relativo al papel que la Iglesia y la religión católica deberían tener en el nuevo orden de cosas, la posición de Sánchez Mazas no se vio alterada por lo acaecido en los tres años de guerra civil. Dicho de otra forma: Sánchez Mazas (y, con él, la mayor parte de los dirigentes falangistas de preguerra) no necesitaron experimentar «un proceso de catolización y tradicionalización» durante la guerra, paralelo al de «fascistización» de las otras fuerzas de la derecha, y que habría facilitado el proceso de unificación culminado en abril de 1937<sup>86</sup>. Mucho antes de que se produjese el golpe militar contra la República, los falangistas ya eran

---

Encuentro, 1997, p. 34. También se explicaría así —y es algo que tiene que ver fundamentalmente con los elementos simbólicos— la rapidez y la facilidad con la que los teóricos falangistas acabaron abonando el uso del término *cruzada* para calificar a la guerra civil; cfr. RODRIGO, J.: «Santa Guerra Civil. Identidad, relato y (para)historiografía de la Cruzada», en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Rebeldes y reaccionarios*, pp. 191-192.

<sup>85</sup> SÁNCHEZ MAZAS: *Discurso del Sábado de Gloria*, todas las citas en pp. 22-24.

<sup>86</sup> BOX, Z.: *España, año cero. La construcción simbólica del franquismo*, Madrid, Alianza Editorial, 2010, p. 362.

identificables con esos trazos de catolicismo y tradición, lo que explica que, por ejemplo, a partir de febrero de 1936, la desbandada de los jóvenes de las Juventudes de Acción Popular —JAP— se produjera sobre todo en dirección a Falange y no hacia la Comunión Tradicionalista, que también estaba en condiciones de organizar una respuesta armada contra las organizaciones de izquierda y el propio gobierno del Frente Popular<sup>87</sup>. La ventaja de Falange sobre sus competidores tradicionalistas residió en gran parte en su protagonismo destacado en la escalada de violencia que tuvo lugar durante la primavera de 1936<sup>88</sup>, pero también, desde una perspectiva más ideológica, en su capacidad para combinar los rasgos de catolicidad y tradición a los que hemos hecho referencia antes con propuestas modernizadoras en línea con aquellos movimientos y regímenes que, en el ámbito europeo, estaban demostrando cómo liquidar el viejo mundo liberal-democrático para dar paso a un Nuevo Orden con el que, y no es cuestión menor, la Iglesia católica había mostrado un alto grado de satisfacción, más allá de algunas puntuales discrepancias que, sin embargo, habían sido superadas tras las correspondientes negociaciones y la obtención de no pequeñas contrapartidas por parte de la Iglesia.

Fue esta incuestionable impronta católica del falangismo la que explica también la atracción hacia sus filas, ya durante los primeros meses de la guerra civil, y antes de la unificación, de muchos nuevos militantes que procedían de las organizaciones seculares católicas así como de los diversos ámbitos de sociabilidad de ese mundo. Pedro Laín, José Pemartín o Luis Legaz Lacambra serían buenos ejemplos de ello, y no es mera casualidad que los tres hicieran decisivas contribuciones a la formulación teórica de un nacionalsindicalismo de incuestionable matriz católica ya durante la guerra civil<sup>89</sup>.

<sup>87</sup> Entre diez y quince mil militantes de las JAP se pasaron a Falange en la primavera de 1936 (un 5% de toda su militancia); cfr. BÁEZ PÉREZ DE TUDELA, J.: «Movilización juvenil y radicalización verbalista: la Juventud de Acción Popular», *Historia Contemporánea*, n.º 11 (1994), p. 102. Más recientemente, González Calleja ha precisado que esa desbandada tuvo múltiples direcciones —hacia Falange, al Bloque Nacional e incluso a la Comunión Tradicionalista— y que fue el resultado de la avidez de acción de los jóvenes más radicales de las JAP así como de su desengaño con el posibilismo de Gil Robles; cfr. GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios*, p. 358. A su vez, González Cuevas ha incidido en la idea del fuerte crecimiento de la Falange clandestina por la incorporación al partido de «no pocos miembros de las Juventudes de Acción Popular y otros grupos de las derechas», como consecuencia del fracaso de las candidaturas derechistas en las elecciones de febrero de 1936; cfr. GONZÁLEZ CUEVAS, P.C.: «La trayectoria de un recién llegado. El fracaso del fascismo español», en DEL REY, F.: *Palabras como puños. La intransigencia política en la Segunda República española*, Madrid, Tecnos, 2011, p. 518.

<sup>88</sup> Un análisis de la misma en GONZÁLEZ CALLEJA, E.: *Contrarrevolucionarios*, pp. 310 y ss. También Rafael Cruz identifica en el protagonismo violento de Falange la causa principal de la incorporación «de miles de *japistas* y jóvenes extremistas a sus redes de actuación»; cfr. CRUZ, R.: *En el nombre del pueblo. República, rebelión y guerra en la España de 1936*, Madrid, Siglo XXI, 2006, p. 141.

<sup>89</sup> En el caso de Laín y Legaz, fueron fundamentales sus contribuciones en *Jerarquía. La revista negra de la Falange (1936-1938)* así como la reelaboración de las mismas realizadas tras la guerra; cfr. LAÍN, P.: *Los valores morales del nacionalsindicalismo*, Madrid, 1941; LEGAZ LACAMBRA, L.: *Introducción a la teoría del Estado*

Ciertamente, y como ha recordado Núñez Seixas, durante la guerra no faltaron los debates entre «falangistas y católico-traditionalistas» sobre el «lugar y la relación que Dios y la nación habían de ocupar en el discurso y la praxis inspiradores del naciente Estado franquista»<sup>90</sup>. Sin embargo, creo que, a tenor de la abundante publicística falangista de hondo contenido católico existente, se trataba en realidad de un intento, por parte de los sectores que competían con el falangismo, de desacreditar a éste alegando su escasa y epidérmica sensibilidad católica. No es de extrañar, pues, que notables falangistas reaccionaran con indignación ante estos ataques y que, frente a ellos, pusieran sobre el tapete sus incuestionables credenciales católicas. Así, Fermín Yzurdiaga escribía en 1937: «la Falange es medularmente católica», y lo era, decía, desde 1933; el *cura azul* denunciaba a continuación la «implacable y turbia [...] campaña contra la Falange sobre su pretendida acatolicidad y paganismo», campaña que era impulsada por «masones por un lado y sedicentes católicos por el otro en la más dolorosa compañía», y se remitía al discurso de José Antonio Primo de Rivera en el Teatro de la Comedia, tan profundamente católico, que, afirmaba Yzurdiaga, habría sido digno de Ignacio de Loyola<sup>91</sup>. Sólo unos meses antes de ese discurso, Yzurdiaga había pronunciado otro ante las banderas falangistas en el que, tras exaltar «la Unión substancial española entre Patria y Religión», añadió:

Esta es nuestra revolución. Y no me dá (sic) miedo vestir sotana de sacerdote y la guerrera de soldado para gritar que soy un revolucionario. Porque aquellos primeros cristianos de las Catacumbas —recordad, falangistas perseguidos de Primera Hora— eran nuestros hermanos auténticos, los que se metieron debajo de la tierra de Roma y con el poder de sus oraciones y de su santa rebeldía hirieron revolucionariamente aquel Imperio de la ley, las conquistas, de las tiranías, y del Coliseo hasta levantar sobres sus cenizas el triunfo de la Cruz. Así somos, católicos revolucionarios, los jóvenes de la Falange<sup>92</sup>.

Más allá de esas polémicas un tanto artificiales, la principal diferencia que se puede detectar entre las posiciones de Falange sobre la Iglesia y la religión católicas y las que sostenían los otros grupos de la extrema derecha antirrepublicana es la que tiene que ver con la reivindicación de una separación clara de las esferas de la Iglesia y el Estado. Más arriba se ha señalado cómo Sánchez Mazas lo dejó escrito con absoluta claridad, de la misma manera que dicha reivindicación estaba recogida en los puntos programáticos de FE de las JONS. Pero la clara

---

*Nacionalsindicalista*, especialmente el capítulo «Sentido humanista del nacionalsindicalismo», pp. 225-258; en el caso de Pemartín, su libro *Qué es lo nuevo... Consideraciones sobre el momento español presente*, Sevilla, 1937.

<sup>90</sup> NÚÑEZ SEIXAS, X.M.: *¡Fuera el invasor! Nacionalismos y movilización bélica durante la guerra civil española (1936-1939)*, Madrid, Marcial Pons, 2006, p. 196.

<sup>91</sup> YZURDIAGA, F.: *Discurso al silencio y voz de la Falange. Pronunciado en Vigo. Diciembre 1937*, s.l., Editorial Jerarquía, quinta edición, pp. 13-15.

<sup>92</sup> YZURDIAGA LORCA, F.: *Mensaje de las banderas victoriosas. Discurso de Zaragoza. Julio 1937*, s.l., Editorial Jerarquía, segunda edición, pp 32-33.

delimitación de esferas no estaba reñida con la concesión a la Iglesia de las más amplias prerrogativas y privilegios, incluso en campos tan sensibles para ella como el de la educación. Así lo afirmaban los falangistas, ya antes de la guerra<sup>93</sup>, y no de forma diferente acabó actuando el régimen de Franco<sup>94</sup>.

En mi opinión —y refiriéndome ahora al terreno educativo, tan determinante para la cuestión que estamos discutiendo—, se confunde reiteradamente lo que fue una dura lucha por el control de resortes y ámbitos de poder con la disputa por imponer modelos educativos enfrentados<sup>95</sup>. Esto último no ocurrió. Hubo, efectivamente, algunos falangistas que defendían un modelo fuertemente estatalizado e inspirado más en el ejemplo alemán que en el italiano<sup>96</sup>, pero fueron siempre minoritarios y nunca ocuparon posiciones clave en el partido (ni antes ni después de la unificación). Y, contra lo que se acostumbra afirmar, los sectores que suelen ser identificados como *los falangistas* (por oposición a *los católicos*, algo que, desde mi punto de vista, confunde más que aclara las distintas posiciones políticas e ideológicas en el seno del régimen franquista) no fueron barridos de los ámbitos de poder político en materia de enseñanza ya desde 1938, cuando se crea el primer gobierno de Franco y el Ministerio de Educación Nacional (MEN) va a parar a manos de Pedro Sainz Rodríguez. Suele no tenerse en cuenta lo que sería la, podríamos decir, «doble militancia» de algunos de ellos, como José Pemartín o el propio ministro Ibáñez Martín (por no hablar de Ruiz Giménez, un *católico* que, curiosamente, se rodea de falangistas cuando llega al MEN)<sup>97</sup>; y

<sup>93</sup> Recuérdese lo que escribió Sánchez Mazas en el artículo ya citado «Esquema de una política de aldea», *Arriba*, n.º 6, 25 de abril de 1935.

<sup>94</sup> Y no sólo Franco; también Mussolini realizó innumerables concesiones a la Iglesia católica — muy especialmente en el campo educativo— a cambio del apoyo de ésta al régimen. Vid. MORENTE VALERO, F.: *«Libro e moschetto». Política educativa y política de juventud en la Italia fascista (1922-1943)*, Barcelona, PPU, 2001; y GAUDIO, A.: *Chiesa e fascismo. La scuola cattolica in Italia durante il fascismo (1922-1943)*, Brescia, La Scuola, 1995. Yendo más allá de la política educativa, Alfonso Botti ha considerado que «la confesionalidad del régimen italiano (y la aportación católica al mismo) constituye una situación muy similar a la del franquismo a lo largo de su historia»; cfr. BOTTI, A.: «Los fantasmas de Clío. A propósito de franquismo y fascismo en la perspectiva de la historia comparada», en *España durante el franquismo*, monográfico de *Anales de la Universidad de Alicante. Historia Contemporánea*, n.º 8-9 (1991-1992), p. 31. El libro de Alfonso Botti, *Cielo y dinero. El nacionalcatolicismo en España (1881-1975)*, Madrid, Alianza Editorial, 1992, sigue siendo iluminador sobre los elementos modernizadores presentes (y frecuentemente ignorados) en el nacionalcatolicismo y su perfecta compatibilidad con un proyecto de carácter fascista, de forma no muy diferente a como se dio en Italia la convergencia de fascismo y catolicismo.

<sup>95</sup> Como pasó también en otros muchos ámbitos de la vida política; para decirlo con Santos Juliá, hubo una constante lucha por parcelas de poder entre *falangistas* y *católicos*, pero «nada de eso quebró nunca la fusión íntima, entrañable, del nuevo hecho falangista con el tradicional hecho católico»; cfr. JULIÁ, S.: *Historias de las dos Españas*, p. 300.

<sup>96</sup> Véase, por ejemplo, ROMOJARO, T.: «Orientación y sentido de la educación alemana», en *Revista Nacional de Educación*, n.º 4 (1941), pp. 95-99.

<sup>97</sup> Para la doble vertiente, católica y falangista, de Ruiz Giménez, véase MUÑOZ SORO, J.: «Entre héroes y mártires: la síntesis católica de Joaquín Ruiz Giménez (1939-1951)», en GALLEGU, F. y MORENTE, F. (eds.): *Rebeldes y reaccionarios*, pp. 339-369.

se olvida la presencia de *camisas viejas* en puestos clave de ese ministerio incluso en los momentos de presunto dominio absoluto de los *católicos* en el mismo: sin ir más lejos, Jesús Rubio y García-Mina, subsecretario del MEN (y, por tanto, técnicamente, el número dos del mismo) durante las etapas de Ibáñez Martín y Ruiz Giménez; es decir, desde 1939 hasta 1956, momento en que culminó su trayectoria al ser ascendido a ministro del ramo<sup>98</sup>.

Mucho más fundamento tiene el argumento según el cual los falangistas, tanto en la etapa republicana como durante la guerra y tras el final de la misma, construyeron, al modo del fascismo italiano, una «religión política» en torno a la nación, lo que los habría diferenciado netamente de los otros sectores del régimen (monárquicos, tradicionalistas, cedistas, la propia Iglesia), que no habrían ido más allá de una fuerte «politización de la religión»<sup>99</sup>. No obstante, esa afirmación presupone dos argumentos que no creo que se cumplan plenamente: el primero, que el concepto de «nación» que alimentaron los falangistas (netamente secular) fue sustancialmente diferente del que sostuvieron los otros sectores de la derecha tradicional (identificador de catolicismo y nación española); el segundo, que, pese a la mucha importancia que los teóricos falangistas otorgaban al catolicismo, éste quedaba siempre subordinado a la nación como entidad superior<sup>100</sup>.

Al menos lo que escribió sobre estas cuestiones Sánchez Mazas (y no se olvide con qué carácter aparecían sus escritos en la prensa falangista de preguerra) incumpliría esas dos premisas, y me remito a lo ya comentado en páginas anteriores al respecto. Es significativo que para Sánchez Mazas el amor a Dios vaya por delante del amor a la Patria<sup>101</sup>, lo que establece un orden de jerarquías con el que probablemente no todos los falangistas estarían de acuerdo, aunque se hace difícil encontrar un texto de algún dirigente relevante del partido en el que se sostenga lo contrario, antes o después de la guerra civil, con las excepciones de Ramiro Ledesma y, quizás, Giménez Caballero<sup>102</sup>; pero el primero abandonó

<sup>98</sup> CÁMARA VILLAR, G.: *Nacional-Catolicismo y escuela. La socialización política del franquismo (1936-1951)*, Jaén, Hesperia, 1984, p. 111.

<sup>99</sup> BOX, Z. y SAZ, I.: «Spanish Fascism as a Political Religion (1931-1941)», en *Politics, Religion & Ideology*, vol. 12, n.º 4 (2011), pp. 371-389. Para el concepto de «religión política» en relación con el fascismo, véase la formulación de Emilio Gentile en *Il culto del littorio. La sacralizzazione della politica nell'Italia fascista*, Roma-Bari, Laterza, 1993; y del mismo autor, «Fascism as Political Religion», en *Journal of Contemporary History*, vol. 25 (1990) pp. 229-251.

<sup>100</sup> BOX, Z. y SAZ, I.: «Spanish Fascism as a Political Religion...», p. 377.

<sup>101</sup> «Valladolid», *F.E.*, n.º 9, 8 de marzo de 1934.

<sup>102</sup> El caso de Ledesma es el más claro; para el fundador de las JONS no existía identidad entre catolicismo y nación española, y más bien percibía ese hermanamiento de conceptos como un obstáculo para una formulación moderna de la nación española. Véase un buen ejemplo de ello: «El hecho de que los españoles —o muchos españoles— sean católicos no quiere decir que sea la moral católica la moral nacional. Quizá la confusión tradicional en torno a esto explica gran parte de nuestra ruina. No es a través

Falange a principios de 1935, y el segundo, como es bien sabido, tuvo más bien poca importancia tanto desde el punto de vista de marcar la doctrina del partido como de orientarlo políticamente. Creo que, efectivamente, los falangistas se esforzaron por construir una «religión política» en torno a la nación, con todo lo que ello conlleva (sacralización del concepto, creación de símbolos, rituales y un martirologio propios; visión mesiánica del partido, etc.), pero que en ningún momento dieron el paso de sustituir (o de intentarlo al menos) la religión católica por la propia. Lo que hubo fue una apropiación de muchos de los elementos (rituales, simbólicos, lingüísticos...) del catolicismo para construir un espacio simbólico propio, pero sin llegar a contemplar éste como algo contrapuesto o alternativo al de la Iglesia. Más bien se trataba de combinar ambos, lo que no debía representar mayor problema dada la profunda carga católica que el falangismo había tenido desde su aparición. Véanse al respecto las palabras de Legaz Lacambra, como ya se indicó, uno de los teóricos fundamentales del nacionalsindicalismo de postguerra:

[...] necesariamente debe excluirse *a priori* todo conflicto insoluble entre el Partido único totalitario español y la Iglesia católica. Pues si el Partido, en cuanto 'Iglesia', es tan totalitario como la Iglesia misma y puede legítimamente afectar al hombre entero sin abandonar ninguno de sus aspectos, en cambio, en cuanto que su religión civil encierra religión católica en su substancia íntima, no puede ponerse en oposición con la Iglesia católica sin incurrir en contradicción, sin falsificarse, al menos en lo que se refiere a la doctrina, aunque no se excluya en hipótesis la posibilidad de 'cuestiones de competencia' en puntos procesales y adjetivos<sup>103</sup>.

El planteamiento no puede ser más claro: el partido, efectivamente, ha construido su propia «religión civil», pero ésta no sólo se nutre de la «substancia íntima» del catolicismo sino que se negaría a sí misma si entrase en colisión con la Iglesia católica. Otra cosa es que se pueda discutir sobre ámbitos de competencia en el terreno de las políticas concretas, pero eso será siempre algo secundario —«adjetivo»—, nunca primordial. Estaríamos, pues, ante una situación de íntima convivencia entre la religión católica y la religión política del falangismo, de forma que la sacralización de la patria que ésta incorporaba no podía disociarse del ideal de restauración católica que impregnó desde muy pronto la lucha de los sublevados en la guerra civil y que fue asumida tanto por el partido unificado como por el mismo Estado que aquél vertebraba, como, evidentemente, por la

---

del catolicismo como hay que acercarse a España, sino de un modo directo, sin intermediario alguno. El español católico no es por fuerza, y por el hecho de ser católico, un patriota. Puede también no serlo, o serlo muy tibiamente. [...] la moral nacional, la idea nacional como deber, ni equivale a la moral religiosa ni es contraria a ella. Es simplemente distinta, y alcanza a todos los españoles por el simple hecho de serlo, no por otra cosa que además sean»; cfr. LEDESMA RAMOS, R.: *Discurso a las juventudes de España*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2003 [1935], p. 70. Para el caso de Giménez Caballero, véase SELVA, E.: «Gecé y la "vía estética" al fascismo en España», en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Fascismo en España*, p. 105.

<sup>103</sup> LEGAZ LACAMBRA: *Introducción a la teoría del Estado Nacionalsindicalista*, p. 174.



Iglesia católica y los sectores políticos que provenían de la extrema derecha no falangista de la época republicana<sup>104</sup>.

En otro orden de cosas, de todo lo dicho hasta aquí no debe derivarse la conclusión, que yo no suscribiría, de que FET y de las JONS —y más exactamente hablando, su militancia— fuese algo estrictamente homogéneo, sin diferencias internas reseñables. Es evidente que dentro del partido, como no podía ser de otro modo en una organización de masas, había *sensibilidades* diferentes, concepciones no siempre coincidentes sobre la nación, el Imperio, el papel de la Iglesia, la relación entre el partido y el Estado, y un sinfín de otras cuestiones. De hecho, esas divisiones ya estaban presentes en la propia Falange de preguerra, en la que podía convivir el nacionalismo revolucionario de impronta inequívocamente orteguiana, laico, vitalista y nietzscheano de un Ramiro Ledesma y algunos de sus compañeros jonsistas, el nacionalismo no confesional pero sí genuinamente católico y de inspiración *menéndezpelayista* de Onésimo Redondo<sup>105</sup>, el nacionalismo de matriz católica, tradicionalista y ultraconservador de un Sánchez Mazas y muchos de los militantes falangistas que se situaban en la frontera (a veces con un pie a cada lado) con el monarquismo alfonsino o el tradicionalismo, y la posición más ecléctica de un José Antonio Primo de Rivera, admirador de Ortega y de su concepción de la nación, pero al tiempo íntimamente católico y alejado del laicismo radical de Ledesma y de la acusación que éste hacía al catolicismo de estar en la raíz de las dificultades para construir una nación española moderna acorde con los tiempos que marcaban el nazismo y el fascismo en Europa<sup>106</sup>. Un partido cuyos intelectuales podían moverse dentro de una concepción estética clasicista —como el propio Sánchez Mazas o un Eugenio Montes—, coquetear con la vanguardia (más o menos descafeinada a la altura de los años treinta) —al

<sup>104</sup> GALLEGO, F.: «Construyendo el pasado. La identidad del 18 de Julio y la reflexión sobre la Historia Moderna en los años cuarenta», en GALLEGO, F. y MORENTE, F. (eds.): *Rebeldes y reaccionarios*, p. 307.

<sup>105</sup> Un Onésimo Redondo que no duda en afirmar en un artículo —«Rehabilitación del patriotismo»— publicado en *Libertad*, el 23 de enero de 1933, que «Menéndez y Pelayo es el padre del nacionalismo revolucionario»; cito a partir de REDONDO, O.: «Nación, patria y unidad», en *FE. Doctrina del Estado Nacional Sindicalista*, II época, n.º 2, enero-febrero de 1938, p. 149. Para la influencia de Menéndez Pelayo sobre los principales dirigentes y teóricos del falangismo de época republicana, véase SANTOVENA SETIÉN, A.: *Menéndez Pelayo y las derechas en España*, Santander, Ayuntamiento de Santander y Ediciones de Librería Estudio, 1994, especialmente pp. 177-196.

<sup>106</sup> Lo dejó muy claro Pedro Laín, en 1937, en un texto en el que desentrañaba el sentido de «unidad de destino» en el concepto de nación *joseantoniano*. Tras analizar las diversas facetas que presentaba la cuestión, Laín concluía: «Por fin, en el ápice de todo, coronando todos los destinos y sirviéndoles al mismo tiempo de norte, el remate de lo auténticamente espiritual, de lo genuinamente católico [...] Por encima de todo, el Espíritu. Y tampoco ahora ese espíritu vano que circula a través de algunos ambientes culturales, al cual se adecúa mejor la palabra francesa «esprit» que la española espíritu. José Antonio se refiere concretamente al espíritu católico. Quien dude de ello es un imbécil o un malvado, que de todo hay entre nuestros enemigos. En lo católico se encuentra [...] el centro espiritual que da sentido y virtud trascendente a nuestra unidad de destino»; cfr. LAÍN, P.: «La unidad de destino en José Antonio», en *FE. Doctrina del Estado Nacional Sindicalista*, II época, n.º 1, diciembre 1937, p. 80.

estilo de un Giménez Caballero o un Samuel Ros<sup>107</sup> o desarrollar un estilo propio, barroco y capaz de recoger «sugestiones —el nacionalismo imperialista, la llamada vital de lo exótico primitivo, la exaltación de la hombría— que están imbricadas en buena parte de la literatura de entreguerras» —y ése sería Luys Santamarina<sup>108</sup>. Una Falange, en definitiva, que podía presentar, *al tiempo*, rasgos de vanguardia y de tradición, de laicismo y catolicismo militante, de ruralismo y exaltación de la técnica y la modernidad del mundo urbano, de defensa de los valores morales tradicionales y de feroz crítica antiburguesa... Contradictorio, sí, como lo fueron todos los movimientos fascistas de alguna relevancia en la época de entreguerras, porque lo verdaderamente sustantivo es que tales contradictorias visiones de la realidad y del futuro que se quería construir se dieron también en el partido nazi y en el partido fascista italiano en los momentos de máxima estabilización de los regímenes que respectivamente sustentaban, sin que ello lleve nunca a cuestionar la naturaleza de aquellas organizaciones o de aquellos regímenes<sup>109</sup>. E igualmente relevante es señalar, por lo que hace ahora a FET y de las

107 Véase ALBERT, M.: *Vanguardistas de camisa azul*, Madrid, Visor, 2003.

108 MAINER, J.-C.: *La corona hecha trizas (1930-1960)*, Barcelona, PPU, 1989, p. 109.

109 Baste recordar, para el caso italiano, las feroces críticas que desde los sectores radicales del partido se vertieron sobre Giovanni Gentile, sus reformas educativas (que incluyeron grandes e inesperadas —para muchos— concesiones a la Iglesia católica) y la línea que siguió (con la bendición de Mussolini) como *organizador* de la cultura fascista en los años veinte y buena parte de los treinta; o las críticas no menos feroces que se lanzaron desde *Gerarchia* contra la deriva conservadora y de aburguesamiento que, en opinión de algunos fascistas, estaba experimentando el régimen a mediados de los años treinta, y que no eran muy diferentes de las diatribas que podía soltar, pongamos por caso, un Dionisio Ridruejo en su etapa más radicalizada tras el final de la guerra civil. Por su parte, en la Alemania nazi no escasearon este tipo de encontronazos: piénsese por ejemplo en la permanente oposición de dirigentes como Ribbentrop o Rosenberg a los diplomáticos que provenían del viejo conservadurismo —pero que eran devotos de Hitler— como el ministro Konstantin von Neurath o el secretario de estado Ernst von Weizsäcker (en lo que fue no sólo una lucha por parcelas de poder sino sobre la concepción misma de la política exterior alemana); o las feroces críticas de los juristas nazis a Carl Schmitt, a quien tachaban de conservador, pese al papel esencial de éste en la teorización de la legitimidad del poder excepcional y discrecional del *Führer* (especialmente tras la «Noche de los cuchillos largos»); o, por no alargar más la lista, la contradicción absoluta sobre el papel de la religión y las iglesias en el Tercer Reich que podían tener un pagano racista como Alfred Rosenberg y el gran teólogo protestante (y nazi y antisemita radical) Gerhard Kittel. Para las cuestiones italianas, véanse TARQUINI, A.: «Gli antigentiliani nel fascismo degli anni Venti», en *Storia contemporanea*, a. XXVII, n.º 1 (1996), pp. 5-59; MORENTE VALERO, F.: «*Libro e moschetto*»; SESMA LANDRIN, N.: «De la elite intelectual a la aristocracia política. El discurso de la renovación ideológica y generacional en *Gerarchia. Rassegna mensile della rivoluzione fascista* y *Jerarquía. La revista negra de la Falange*», en MORENTE, F. (ed.): *España en la crisis europea de entreguerras*, p. 275; MORENTE, F.: *Dionisio Ridruejo. Del fascismo al antifranquismo*, Madrid, Síntesis, 2006, pp. 235-263. Para los conflictos alemanes: KOONZ, C.: *La conciencia nazi. La formación del fundamentalismo étnico del Tercer Reich*, Barcelona, Paidós, 2005, pp. 65-88; GALLEGO, F.: *Todos los hombres del Führer. La élite del nacionalsocialismo (1919-1945)*, Barcelona, Debate, 2006, pp. 487-488; GONZÁLEZ CUEVAS, P.C.: *La tradición bloqueada. Tres ideas políticas en España: el primer Ramiro de Maeztu, Charles Maurras y Carl Schmitt*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2002, p. 201; WEINBERG, G.L.: «Foreign policy in peace and war», en CAPLAN, T.: *Nazi Germany*, Nueva York, Oxford University Press, 2008, p. 200; y CONZE, E. et al.: *Das Amt und die Vergangenheit. Deutsche Diplomaten im Dritten Reich und in der Bundesrepublik*, Múnich, Karl Blessing Verlag, 2010, pp. 88-98.

JONS, que esas diferencias, aun no siendo despreciables, en modo alguno apuntaban a proyectos antagónicos o necesariamente excluyentes de la otra opción (u opciones, pues seguramente podrían describirse más de dos). La mejor prueba de ello la da el que, a pesar de la larga vida de la dictadura franquista, ninguno de los grupos que suelen definirse como recíprocos adversarios ideológicos fue expulsado jamás del régimen (ni se marchó al sentirse derrotado, marginado y condenado a una existencia subordinada). Dicho de otro modo: lo que unía a las diversas fuerzas que confluyeron en FET y de las JONS era mucho más importante y sustantivo que lo que las podía separar. Y la Victoria, el disfrute del poder (y de los privilegios que de él se derivaban), la coincidencia en los valores del 18 de Julio y el propio general Franco constituyeron la argamasa que los mantuvo unidos, con bastante ruido pero con pocas nueces, durante cuatro décadas<sup>110</sup>.

Ello, a su vez, no fue sólo el resultado de una actitud cínica que antepusiese espurios intereses personales o de grupo a las convicciones ideológicas, sino la consecuencia de un hecho de mucho más calado. Y es que lo que en los años previos a la guerra civil era sólo un espacio compartido —en rápido proceso de fascistización pero fragmentado políticamente— había dado paso con la unificación (y gracias muy especialmente al carácter aglutinador del catolicismo, compartido por todos como el elemento constitutivo esencial de la nación española) a una única organización que, ahora sí, englobaba todo aquel espacio y articulaba orgánicamente lo que constituyó sin duda el verdadero fascismo español<sup>111</sup>.

<sup>110</sup> Sánchez Recio ha escrito sobre la «convergencia de intereses» —en buena medida, materiales— que ayudaron al mantenimiento de la unidad a pesar de «la diversidad ideológica y política de los miembros integrados en la coalición reaccionaria», pero también ha señalado cómo el régimen defendía un conjunto de principios ideológicos que habían sido asumidos por *todos* los sectores que se cobijaban bajo su paraguas, lo que igualmente ayudaba a cohesionarlos; véase SÁNCHEZ RECIO, G.: *Sobre todos Franco*, pp. 57-60 [la cita textual, en 59]. Ruiz Carnicer, a su vez, se ha referido a la «solidaridad de clase» que sirvió para cementar la unión de «las fuerzas vencedoras de la guerra civil», que, cada una con sus peculiaridades, contribuyeron a la construcción del régimen fascista español; cfr. RUIZ CARNICER, M.A.: *El Sindicato Español Universitario (SEU) 1939-1965. La socialización política de la juventud universitaria en el franquismo*, Madrid, Siglo XXI, 1996, p. 10.

<sup>111</sup> Unificación orgánica que fue acompañada de la elaboración de una síntesis en el plano ideológico; algo que está bien presente en estas palabras, escritas en 1938, de un antiguo monárquico de Acción Española como era José María Pemán: «El glorioso tradicionalismo español era [...] en su parte intelectual, una doctrina eterna, que necesitaba para ser del todo operante unirse a un estilo vivaz y actualista. La magna obra cultural de los mártires de Acción Española —Maeztu, Pradera— era una construcción perfecta que necesitaba ágiles ruedas para caminar [...] Todos necesitaban de la Falange como la Falange necesitaba de todos; esa es la única y feliz verdad. La Falange fué para todo lo demás, complemento último, puesta en marcha [...] A mí me basta leer los magníficos libros doctrinales de Maeztu o Pradera y los *Dicursos* de José Antonio, para ver de modo evidente cómo se necesitan y se reparten la tarea. Aquéllos son la doctrina; éstos son el manifiesto. En aquéllos hay toda una arquitectura de ideas; en éstos una veintena de consignas agudas y decisivas [...] Muchos no conocieron y admiraron de José Antonio más que lo más visible y ostentoso de él: el gesto, el brinco valiente, el puño duro. Ahora, al irse reconociendo sus ideas, van viendo que en ellas estaban, en consignas agudas, todos los fundamentos que hacían su puño, brinco y gesto, vehículos de la exacta síntesis nacional. Basta su definición del hombre como «portador de

No el grupuscular de las JONS o la Falange republicana, sino el de masas de la guerra y la postguerra. Como el nazismo realmente existente no fue (o no fue sólo) el pequeño partido bávaro de principios de los años veinte, sino el que pudo aglutinar a millones de alemanes que durante años habían estado votando otras opciones de la derecha antirrepublicana, o como el fascismo italiano se construyó no únicamente sobre los *Fasci di Combattimento* sino tras atraer a su campo a los grupos nacionalistas, conservadores y monárquicos, así como a muchos liberales y a la gran mayoría de los católicos. Lo que ocurrió en España no fue diferente. La diferencia estuvo en la brutal guerra civil que fue necesaria para que dicho proceso se consumase.

---

valores eternos» y de la Patria como «un quehacer en lo universal», basta su deseo de cimentar toda la política sobre el «respeto a la persona humana» que fué redimida por Dios, para hacerla, no sólo compatible con todos los elementos de esa síntesis, sino empuje operante de todos ellos»; cfr. PEMÁN, J.M.: «José Antonio: pero todo José Antonio», en *Dolor y memoria de España en el segundo aniversario de la muerte de José Antonio*, s.l., Ediciones Jerarquía, 1939, pp. 144-146.